HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

XXII

SUMARIO:



Viñetas de Ramón Gaya — Barcelona, Octubre, 1938

HORA DE ESPAÑA

ENSAYOS
POESÍA
CRÍTICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR

"HORA DE ESPAÑA"

Y LA FIESTA DE LA RAZA

La Fiesta de la Raza encuentra a nuestro pueblo este año, como en los dos anteriores, en pie de guerra. Son veintisiete meses de lucha por la independencia y las libertades propias. Son, también, y en no menor grado, veintisiete meses de lucha por la Libertad, sin más. Por la libertad y, de modo especial, por la libertad de los hombres de nuestra raza, tanto los que en tierras de las Españas defienden bravamente su suelo, el suelo de sus muertos y de sus hijos, o padecen opresión de sus invasores y de los lamentables instrumentos de la invasión, como aquellos que desde tierras americanas siguen de corazón nuestra lucha, viendo claramente en ella su lucha y en nuestro destino el suyo (« ese destino español, nuestro, amenazado por el crimen internacional del fachismo», ha escrito noblemente el mejicano Octavio Paz).

En esta Fiesta de la Raza se encuentran y cruzan una vez más las miradas de España y de América. De la España libre y que no quiere ni puede dejar de serlo, y de los pueblos de América nacidos cabalmente bajo el signo de la libertad. Una España que en estos casi dos años y medio de lucha ha sabido rehacerse, templarse, crecerse,

aventajándose en cada uno de sus pasos, cada vez más firmes, hacia la victoria. Y una América cada día más allegada a nosotros, a lo que en España es pueblo — esto es, verdadera España —; una América que a lo largo de nuestra epopeya presente está haciendo su «descubrimiento de España».

Este descubrimiento es tan trascendental como el otro, el inverso, lo fué antaño. Conviene señalarlo así, en la celebración de la Fiesta de la Raza. Porque para estas ocasiones venía sacándose a relucir una retórica mohosa, cadavérica, prolija en flatulentas e insistentes invocaciones a un pasado muerto y bien muerto. De un lado y otro de los mares, éramos muchos los que de siempre estimábamos — o, más exactamente, desestimábamos — esa retórica y la política de que era expresión, con su retablo de manipuladores y altavoces, como cosa «mandada retirar». Estos veintisiete meses de guerra de nuestra independencia han retirado definitivamente, de hecho, toda esa deleznable guardarropía y su armazón. Quizá nunca haya unido tanto como hoy a españoles y americanos la comunidad de su pasado. Pero es porque no hay pasado que realmente una, si no es asimilado en vivo, incorporado al presente y enderezado al porvenir, en continuidad salvadora. Las «ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda», *están unidas hoy, tanto y más que por su pasado común, por la comunidad de destino que ante ellas se abre en el futuro; en el futuro que hay que ganarse esforzadamente cada día, como el pan y la libertad y la patria.*

España, nuestra España, lleva dos años largos de afanarse titánicamente, poniendo los sillares sobre que ha de

erigirse el arco de nuestro destino, de ese «destino español» que es vuestro destino, americanos. No ha de ceder en su empeño hasta que sobre los cimientos se alcen, trabadas y firmes, las piedras angulares de su independencia y de su libertad. En esa obra laboramos hoy sus hijos. Nuestra es hoy la lucha, hermanos de América. Pero el glorioso mañana pertenece por igual a vosotros y a nosotros. Vueltos a ese gran mañana común los ojos, cuantos trabajamos por España y por nuestra raza en torno a esta HORA DE ESPAÑA, *desde el puesto que nuestro destino y nuestra conciencia y pasión de españoles libres nos han asignado, dirigimos en este día nuestro fraternal y esperanzado saludo a los pueblos hermanos de América.*



MAIRENA PÓSTUMO

Si la paz es, como dice San Agustín y traduce el maestro León, *una orden sosegada y un tener sosiego y firmeza en en lo que pide el buen orden*, y de ningún modo un equilibrio entre iniquidades, esa institución, que tan al revés lo ha entendido, mas parece calumniar a la paz que servirla. Si, contra lo que nosotros pensamos, acordes con San Agustín y el maestro León, la paz es el equilibrio supradicho, claro es que ninguna persona bien nacida puede ser pacifista. De donde hubiera deducido Juan de Mairena — aquel *enfant terrible* de la lógica — que la S. D. N. debe disolverse, y que hasta el empleo de la violencia es, para ello, recomendable.

▪

Reparad, amigos, en cuán terrible cosa es la lógica, y en cuanto pueden ser desconcertantes sus consecuencias. Un or-

ganismo consagrado al mantenimiento de la paz en el mundo, disuelto a linternazos por los verdaderos amantes de la paz. *¿Risum teneatis?*

*

Pero hablemos de cosas serias. Nada hay tan desgraciado como aquello que nos obliga a ser graciosos. Por lo demás, yo os aconsejo — hubiera dicho Mairena — que no aspireis nunca a profesionales de la gracia, porque no hay cosa que tanto amanere y resfrie el ingenio como el creerse obligado a ser gracioso. La gracia es, generalmente, cosa de tejas arriba, de donde — todo hay que decirlo — también nos pueden llover cosas que *no tienen maldita la gracia;* y cuando lo sea de tejas abajo, está sometida a la sentencia popular, que encierra la solearilla andaluza.

(Pa tener gracia
se ha menester reunir
muchas circunstancias)

Y nadie hay que pueda jactarse de todas ellas.

Reparad en cuanta gracia pierde el niño el día en que averigua que su propia infantilidad es graciosa. Es el día crítico, mejor diré catastrófico de la infancia, en que empieza el derrumbe de su infantilidad y, por descontado, de su gracia infantil.

*

Tampoco habeis de casaros — habla el maestro de Retórica — con la seriedad, jaleándoos a vosotros mismos, con el nombre de sacerdotes de las letras o de las artes. Porque

dareis en sacristanes para toda la vida. ¡Ojo a esto, que es muy grave!

*

Yo gusto de advertiros los peligros en que podeis incurrir, sin que ello implique grave censura para vuestros ejercicios de clase. En general son buenos, y en ellos tengo yo mucho que aprender. Más, reparad en que un maestro de Retórica puede optar entre la fácil tarea de enseñar a sus alumnos una manera literaria, y la tarea, algo más delicada y difícil, de ponerles en guardia contra todo amaneramiento literario. Para esto último, hay que atender a corregir al autor, antes que su ejercicio.

*

El maestro José Bergamín — ignoro cual sea su filiación política, si alguna tiene — ha escrito recientemente tres insuperables sonetos A CRISTO CRUCIFICADO ANTE EL MAR. Tres sonetos en que parecen latir todavía las más vivas arterias de nuestro mejor barroco literario, y que figurarán algún día en los mejores florilegios de nuestra lírica. Dejemos, para tratado aparte, la significación de este resurgir del soneto en España. Anotemos que José Bergamín está muy de vuelta, acaso lo estuvo siempre, del culto algo estéril y, a mi entender, rezagado de nuestro barroco de superficie, con signo culterano o conceptista. Anotemos también que, a fuer de buscador de raíces, no reniega de la tradición hispánica, ni de los precedentes más inmediatos de su propia obra, como lo prueba el verso de Unamuno, que reproduce a la cabeza de sus tres sonetos. Por esta razón Mairena lo hubiera incluído siempre entre los *originales*, nunca entre los *novedosos*.

Me agradaría decir que el mejor de los tres sonetos es el primero, aunque la verdad sea que los tres son *mejores*, y ello por no aquiescer al aserto, tan frívolo como autorizado, de que sólo es poeta el que afirma o el que niega. A mi juicio, es poeta también y sobre todo el que pregunta. Y el primero de los tres sonetos de Bergamín es todo él una interrogación, que envuelve un mar de interrogantes. Un mar de confusiones, en el mejor sentido de la palabra. En la estrofa dantesca — fué Dante, según pienso, padre mayor y definitivo del soneto, esa tardía flor de la escolástica — nos presenta Bergamín al Cristo crucificado, *anclado* en *Cruz*, junto a la mar multisonora. Un Cristo agonizante, la eternidad que expira- junto a una muerte cantora. ¿Porqué canta la mar en el silencio de Dios? ¿Porqué muere la vida? ¿Porqué y para quién canta la muerte?

¿Me engañas tu o el mar, al contemplarte
ancla celeste en tierra marinera,
mortal memoria ante inmortal olvido?

En el segundo soneto, líricamente el mejor, la poesía de Bergamín se encrespa y aborrasca — las cuadernas del soneto crugen, pero no ceden — con sobrada tormenta para el vaso barroco.

Relampaguea, de tormenta suma,
la faz divinamente atormentada
del hijo a tus entrañas evadido.

Y en el tercero se remansa y aquieta con el triunfo del Cristo agonizante, ante la mar implorante y piadosa, la en-

gendradora de su creador (digámoslo desviando un poco la paradoja del maestro León [1]) que viene a pedirle, a suplicarle *la voz con que lo engendre.* Porque la mar aspira a redimirse. (Aquí pondría Mairena una interrogación). Más Bergamín termina con un imperativo

(Y entrégale tu grito arrebatado)

el característico imperativo de nuestros sonetos.

*

De nuestros sonetos y, en general, de nuestra lírica, donde abundan, superabundan las voces de mando o de súplica

*

Del barroco literario español — decía Juan de Mairena a sus alumnos — la catedral, de puro estilo jesuita, la encontrareis, acaso, en el teatro de don Pedro Calderón de la Barca, del Calderón más calderoniano, que no es, a mi juicio, tanto el continuador de Lope como un arquitecto definitivo en nuestras letras doradas. Cuanto hay en él de final se pone de resalto, tal vez excesivo, por el gran barranco que, tras de su teatro, aparece en nuestras letras, un ancho foso sin puente levadizo. Como obra de teatro nada hay, acaso, más sólido en nuestras letras que una *comedia* de Calderón, por ejemplo: «*El Príncipe Constante*» que, — digámoslo de paso — no se representa en España desde los tiempos de Isidoro Maiquez. Es en ella donde ese gran poeta de arreboles, de arreboles donde nada amanece, pinta y dibuja con

(1) De *su criador divina engendradora*, llama Fray Luis a la Virgen.

brillo más esplendoroso y trazos más firmes las llamas de una declinante españolidad. Un gran incendio de teatro, ciertamente, pero en el cual — como dijo un coplero — se oculta un ascua verdadera, que todavía podemos aplicar a nuestra sardina.

*

Disimulad, amigos queridos — decía Juan de Mairena — si alguna vez parece que pretendo yo echármelas de crítico y hasta de crítico de teatros. A nada aspiro yo menos que a eso. Alguna vez escribí algo destinado a la escena, más nunca pretendí oficiar de portero, para que nadie pasase a ella sin hablarme. Contra la crítica de entonces guardo yo algunos rencorcillos, y a curarme de todos ellos aguardo para decir todo lo malo que pensaba de ella muy antes de soportar sus impertinencias o, al par que las soportaba, cuando recaían en alguien mucho mejor que yo y se convertían en verdaderas insolencias. En verdad poca importancia podían tener las tachas que se ponía a mis comedias, y que no coincidían, ni por casualidad, con sus muchos defectos, cuando al creador de todo un teatro se le decía: ¿porqué no se dedica usted a otra cosa? Contra estos desmanes de almogávares del escalpelo habeis de estar en guardia, para nunca incurrir en ellos.

En general, yo os aconsejo que nunca os arrepintais de los elogios sinceros que prodigais a la obra de vuestro vecino; porque ello es señal de que algo bueno habeis visto en ella. Y por muy pequeño que sea el acierto objetivo de esos elogios, siempre estareis con ellos más cerca de la verdadera crítica, que si pretendeis definir una obra por sus faltas o

defectos, es decir, por todo aquello de que la obra carece. Acaso esto explica porqué la crítica benévola, de buena voluntad es la única que deja rastro fecundo y porqué los más altos jueces (Cervantes, Goethe) fueron tan pródigos en el elogio.

ANTONIO MACHADO

POR UNA POESÍA SIMULTÁNEA A LOS HECHOS

I

1.º DE MAYO EN LA ESPAÑA LEAL DE 1938

(Coral de primavera)

Primero de Mayo.
Himnos, sangre, flores.
Primavera guerrera de los trabajadores.

— ¿Di, tú qué harás el Primero de Mayo?

— Mi país está en guerra, campesina.
Yo, como buen soldado de los mares,
haré que el pabellón de la marina
flote sobre los vientos ejemplares.

— ¿Di, tú qué harás el Primero de Mayo?

— Mi país está en guerra. Un aguacero
batir quiere de balas sus labores.
Yo como campesina, marinero,
prepararé mis brazos segadores.

2

— ¿Di, tú qué harás el Primero de Mayo?

— Mi país está en guerra. Los talleres
multiplican, veloces, la jornada.
Mano a mano del hombre, las mujeres
ofrecerán su sangre acelerada.

— Di, ¿tú qué harás el Primero de Mayo?

— Mi país está en guerra. Por su cielo,
alas de extraños pájaros ladrones.
Yo condecoraré de gloria el vuelo
de los republicanos aviones.

— ¿Di, tú qué harás el Primero de Mayo?

— Mi país está en guerra. Tercamente
haré hablar al fusil ese lenguaje
que empuje a España valerosamente
a conquistar de nuevo su paisaje.

Primero de Mayo.
Himnos, sangre, flores.
Primavera del triunfo de los trabajadores.

II

ODIO A MUERTE

Para ellos, los tíficos pantanos,
los pálidos, febriles lodazales,

las pestíferas charcas macilentas,
los vengativos, despiadados mares.

No los socorra nadie.

Toquen un niño y se les vuelva un tigre;
una mujer, y en zarpa se les cambie;
que al caminar, un duro y seco polvo
les calcine el pulmón y pudra el aire.

No los conozca nadie.

Todo púas, aristas, dientes, filos,
panoramas de rabia, sed y alambres.
España arisca, de feroces uñas,
agria de piel y lomo intransitable.

No los entierre nadie.

Morid aquí, productos de hombre y hombre,
híbridas bestias, maricones madres,
lejos de vuestro suelo, triste Italia,
del suelo vuestro, fríos alemanes.

No los recuerde nadie.

III

NOCTURNO

Cuando tanto se sufre sin sueño y por la sangre
se escucha que transita solamente la rabia,

que en los tuétanos tiembla despabilado el odio
y en las médulas arde continua la venganza,
las palabras entonces no sirven: son palabras.

Balas. Balas.

Manifiestos, artículos, comentarios, discursos,
humaredas perdidas, neblinas estampadas,
¡qué dolor de papeles que ha de barrer el viento,
qué tristeza de tinta que ha de borrar el agua!

Balas. Balas.

Ahora sufro lo pobre, lo mezquino, lo triste,
lo desgraciado y muerto que tiene una garganta
cuando desde el abismo de su idioma quisiera
gritar lo que no puede por imposible, y calla.

Balas. Balas.

Siento esta noche heridas de muerte las palabras.

IV

AL NUEVO CORONEL JUAN MODESTO GUILLOTO, LEJANO COMPAÑERO DE COLEGIO EN LA BAHIA DE CÁDIZ

Desde Madrid, Modesto, donde ya las primeras
bocanadas de frío que el Guadarrama envía
duramente preparan a glorias venideras
la capital que el triunfo hará posible un día,

recibe mi alabanza, coronel, viejo amigo,
mientras el Ebro justo con su mojada mano
te asciende y de ola en ola, cara al viento y conmigo,
a hombros el Guadalete, pasa el mar gaditano.

¡Nuestro mar, nuestro río, nuestras playas morenas!
¡Las perdidas lecciones entre los arenales!
¡Las salvas de los buques silbados de sirenas,
desde los gratuitos pupitres colegiales!

Pasad, pasad, recuerdos, orgullosos ahora
de aquella rota infancia juntamente vivida,
que hoy para ti, Modesto, coronel, se colora
de populares lauros y palma merecida.

Que desde el Manzanares, ya general de ríos,
quien como tú, hace tiempo, miliciano se viera,
también te condecoren con estos versos míos
Madrid, que no te olvida, Cádiz, que ya te espera.

V

EL OTOÑO Y EL EBRO

A Enrique Líster

El otoño, otra vez. Sigue la guerra, fría,
insensible al periódico descenso de las hojas.
Como el hombre del Ebro bajo la artillería,
los despoblados troncos junto a las aguas rojas.

Resistencia del árbol, tan dura, tan humana
como la del soldado que entre los vendavales
de la muerte nocturna ve crecer la mañana,
florida nuevamente de ramos inmortales.

Miro las hojas, miro cuán provisionalmente
se desnuda la tierra del bosque más querido
y de qué modo el hombre de esta España se siente,
como los troncos, firme, ya desnudo o vestido.

El otoño, otra vez. Luego, el invierno. Sea.
Caiga el traje del árbol, el sol no nos recuerde.
Pero como los troncos, el hombre en la pelea,
seco, amarillo, frío, mas por debajo, verde.

VI

PARA LUEGO

Después de este desorden impuesto, de esta prisa,
de esta urgente gramática necesaria en que vivo,
vuelva a mí toda virgen la palabra precisa,
virgen, el verbo exacto con el justo adjetivo.

Que cuando califique de verde al monte, al prado,
repitiéndole al cielo su azul como a la mar,
mi corazón se sienta recién inaugurado
y mi lengua el inédito asombro de crear.

RAFAEL ALBERTI

Madrid, 1938



LA CONQUISTA
DE LA OBJETIVIDAD

El hombre medio de nuestra civilización occidental vive sólidamente vinculado a «un» mundo sin la menor duda sobre las coordenadas que lo orienten ni sobre su base de sustentación. Sus afanes, sus luchas, sus amores, sus odios, sus esperanzas, se desenvuelven en «este» mundo. Las contradicciones más radicales coinciden en una serie de convicciones tan «naturales» que cualquier vacilación sobre ellos se diría delirio o extravagancia, fantasmagoria novelera o gesticulación de *snob*. El conjunto de estas convicciones, sin las cuales sería imposible una vida «normal» constituye el contenido del «sentido común».

Fácil nos sería formular someramente algunos de estos supuestos fundamentales de toda vida «razonable». Serían aproximadamente estos; existe «un» mundo en el cual nacemos, vivimos y morimos. Este mundo, inmenso, está constituído por un conjunto de «cosas». Las «cosas» del mundo tienen un aspecto pasajero y una substancia permanente. Por virtud de esta constitución ocupan un lugar en el espacio y se desarro-

llan en el tiempo y a través del tiempo y del espacio se mantienen en su ser, de tal modo que en los distintos lugares y en los diversos momentos, las reconocemos, las distinguimos y las mencionamos por sus nombres. Los cambios en las cosas se realizan según ley y los podemos prever. El conjunto de las cosas es el Universo.

Sería pedantería o vano afán de extravagancia negar todo contenido de verdad al conjunto de estas afirmaciones y a otras muchas íntimamente vinculadas a ellas. No es este nuestro intento ni puede ser el de ningún hombre seriamente consagrado a los afanes del espíritu. Descartes, uno de los filósofos más radicales y, por ende, más auténticos —toda filosofía es, por definición radical, puesto que hinca en la raíz— limita su radicalismo con precavida prudencia y lo encuadra en un marco de convicciones «provisionales».

Pero hay en la actitud del hombre medio una pedantería más grave, la petulancia de la media ciencia que ignora su mediocridad. Ignora, en este caso, que el mundo en el cual vivimos no es algo «natural» y dado de una vez para siempre, desde todos los siglos y para todos los siglos; que pertenece sólo a una minoría de hombres, los hombres de cultura media en una etapa de la evolución histórica; que las culturas «primitivas», pasadas y actuales, lo ignoran y lo niegan del modo más explícito; que enormes constelaciones de cultura espiritual madura —todas las culturas no occidentales— han vivido y viven fuera de él; que grandes zonas de nuestra sociedad, en sus estratos «inferiores» orientan su vida en otras creencias —y prefieren el curandero al médico— y, lo que más importa que lo más vivo y más fecundo de nuestra cultura actual, todo aquello que es en ella afán, fervor, creación, vida espiritual —en la ciencia, en el arte, en la moral, en la religión...— se realiza en una dimensión distinta y a una distancia inmensa de aquella convicción. Ignora, en suma, su condición de islote a la deriva en un mar cruzado de corrientes profundas y oscuras y de vívidas luminosidades en los horizontes.

*

Si tratamos de buscar la característica irreductible, el denominador común a la breve serie de afirmaciones que hemos bosquejado como contenido del mundo «natural», veremos que se halla en el hecho de estar

constituído por «cosas» —mesas, árboles, hombres, mujeres, almas, cuerpos, estrellas... y ser, él mismo, una cosa, la Gran Cosa— la Naturaleza, Dios... Y si buscamos una fórmula más precisa para determinar las cosas llegaremos a la conclusión de que las cosas pueden denominarse también «objetos». El mundo es, por tanto, un conjunto de «objetos» que conviven, se delimitan y se excluyen entre sí.

Como todos los términos usuales en el lenguaje filosófico, «objeto» y «objetividad» tienen múltiples sentidos y aun en ocasiones, contradictorios. Lo usamos ahora aquí, como es patente, en el más usual y primario, en el más próximo al lenguaje común. «Objeto» en este sentido, equivale casi a «cosa real» y «objetividad» al conjunto de cualidades comunes a todas las cosas reales, independientemente de su naturaleza específica y peculiar. Así, lo «objetivo» se opone a lo «subjetivo» —caprichoso, aparente, o irreal—, subsiste en sí mismo, independientemente de todo conocimiento o «idea», es válido de un modo universal, para todos los espíritus, en todo tiempo y lugar e independientemente de todo capricho y de toda voluntad. Así se habla de «espíritu objetivo» para designar el afán de «objetividad» y se atribuye esta virtud a la persona capaz de conducirse de una manera imparcial y precavida con independencia de sus propios deseos, afanes y preferencias.

Los «objetos», las cosas del mundo «natural» en el cual vivimos son realidades de este tipo y piden ser tratadas, justo en este sentido, con «objetividad».

Pues bien: la objetividad, así concebida, no es algo supuesto y dado. Las «cosas» son producto de una larga elaboración metafísica. La conquista de la «objetividad» ha sido uno de los esfuerzos más vigorosos y más heroicos de la conciencia humana. Constituye probablemente la adquisición más esencial del espíritu helénico.

En ella hay un contenido eterno de verdad y desde un punto de vista limitado y parcial es una adquisición definitiva del espíritu en la historia. Su falsedad deriva de haber perdido conciencia de su carácter histórico y «relativo», parcial y limitado y haberla hipostasiado como fundamento único y absoluto de toda verdad y de toda realidad. Situarla en la historia y en la vida del espíritu debe ser una de las tareas capitales de la filosofía actual.

A las fuerzas dionisíacas, al ímpetu mágico de los cultos órficos, opone el pensamiento griego, con vigor, la serenidad de Apolo. No es este el momento de precisar los límites de la oposición y de la convivencia de ambos principios en la civilización helénica. Bástenos constatar que por primera vez se introduce en la realidad cósmica, un principio racional.

Dos etapas se destacan en la lucha del espíritu humano por la conquista y el dominio del mundo.

La mentalidad «primitiva» pre-racionalista es, como el mundo en el cual vive, caótica y contradictoria. Las descripciones de Levy Bruhl, confirmadas en gran parte por las investigaciones psicoanalíticas son, en este respecto, ejemplares. Las cosas se hallan ligadas por lazos misteriosos y ejercen entre sí influjos recónditos. Es preciso descubrir el secreto de sus maquinaciones y, en posesión de él, modificar su orden y someterlas al propio arbitrio. El misterio de sus «afinidades» y «simpatías» nos dará la clave de este dominio. Se trata de dominar el misterio por el misterio, proyectando sobre un mundo imbricado y confuso influjos mágicos que aseguren su sujeción y su servicio. De ahí la necesidad de prácticas secretas y ritos mágicos, de acuerdo con los cultos religiosos o contra ellos. Sagrado o sacrílego, según las circunstancias, los lugares y los tiempos, el espíritu de rebeldía y de dominio se manifiesta en todos los pueblos y halla su mito luminante en la leyenda de Prometeo. Ya en esta etapa, para dominar el mundo es preciso sujetarse a él, seguir sus insinuaciones y recovecos y ponerle trampas adecuadas a su naturaleza específica, contradictoria y engañosa. Someterse para dominar. Con un espíritu distinto, de acuerdo con la «objetividad» racionalista plenamente triunfante lo formulará de un modo preciso Francisco Bacon al iniciarse los tiempos modernos: «para mandar a la naturaleza es preciso obedecerla». Sólo que para él la ley substituye al misterio, la universalidad abierta al secreto recóndito.

El proceso de sujeción de la naturaleza al hombre, intentado y parcialmente conseguido por la mentalidad mágica, necesita, para llegar a

superior realización de un largo circumloquio. Por una paradoja muy frecuente en la dialéctica histórica, el paso más firme en este proceso de dominación lo da el hombre por virtud de una mentalidad estrictamente especulativa.

El hombre griego adopta ante las cosas un gesto de dignidad y de distancia. El trato con la naturaleza mágica se funda en el engaño y en la trampa. En Grecia, el pensamiento humano renuncia a ellos. Ante las cosas, para hacer el trato posible, es preciso ponerles condiciones. Y la primera condición es que nos entendamos. Es preciso entenderse y para entenderse es imprescindible hablar. Y que en el habla hablar el si sea si y el no sea no. No más ritos ni juramentos. En la pulcritud especulativa va implícita una exigencia moral. Toda fe halla su fundamento en la fidelidad y la fidelidad se funda en la palabra. Sobre la naturaleza procelosa lanza el hombre la claridad de la palabra e impone condiciones al diálogo. Desde este momento todo se reduce a buscar a las cosas «condiciones de posibilidad».

No basta la simple presencia de una cosa para obligarnos a prestarle acatamiento. La «realidad» con sus fluctuaciones y desvaríos, nos engaña. La conciencia especulativa reclama garantías. Para renunciar al engaño, como instrumento, es preciso suprimirlo de raíz. De ahí la idea de rechazar como ilusorio todo aquello que no ofrezca títulos suficientes, de destituir de la categoría de «cosa» —de *res*, de realidad— todo aquello que no presente garantías de solvencia, de permanencia, de identidad. Sólo en verdad *es* aquello que es idéntico a sí mismo.

Por primera vez en la historia se formula como condición previa a todo diálogo el principio de identidad y de no contradicción —lo que es, es, lo que no es, no es— no de acuerdo con las cosas —múltiples, contradictorias y engañosas— sino frente a ellas y aun contra ellas. Nunca se nos ofrecen dos realidades con apariencia idéntica ni aun la misma cosa mantiene su identidad a través del tiempo. Esto —tan patente— a pesar de su evidencia no puede ser. Es imposible porque no se puede pensar. Es preciso que cuando digo A, A sea A, ocurra lo que ocurra, sean cuales fueren los cambios que en la naturaleza se operen. Sin ello no es posible mantener la palabra, que lo que es verdad en el momento en que lo afirmo siga siéndolo después, en todo momento y en todo lugar, en el

mundo y fuera del mundo y aunque el mundo desaparezca, de una manera incondicionada, para la eternidad.

Sin ello no es posible hablar de verdad ni de falsedad, ni oponer lo verdadero a lo falso, ni en general, hablar. Para que la verdad sea verdad y la falsedad falsedad, se requiere que de dos proposiciones contradictorias, una sea verdadera y otra falsa. Afirmarlo así, mantener que hay algo verdadero y algo falso, no variable y pasajero sino permanente y estable, es la condición imprescindible de todo verdadero diálogo. Para iniciar con el mundo un diálogo serio es preciso exigirle el reconocimiento de esta condición y obligarle a que, a través de sus fluctuaciones incesantes, nos revele su identidad esencial. La «objetividad» es una exigencia de la razón.

Tal es, en substancia, la doctrina eléatica, mediante la cual las cosas aspiran a ser lo que son y se convierten en realidades fijas. A partir de él el pensamiento helénico es una larga elaboración y un esfuerzo sostenido para establecer en el mundo permanencia, solvencia, identidad. Los números pitagóricos, los conceptos socráticos, las ideas platónicas son centros de fijación mediante los cuales se intenta detener el flujo incoherente de las cosas y dotar al mundo de una arquitectura racional. Mediante un duro esfuerzo espiritual se articula una dialéctica, se llega a la formulación de una sistemática de los conceptos y se organiza gradualmente un sistema de la naturaleza que halla su fórmula más acabada en la metafísica de Aristóteles.

La vieja naturaleza misteriosa, opaca o fulgurante, según los azares del momento, queda incorporada a un organismo de estructuras estables y racionales. Las palabras —los *logoi*— impregnan la realidad, la forman y la transforman. Es la metafísica de las formas y las substancias, arquetipo del genio griego.

En toda realidad hay, junto a un elemento fugitivo que nos ofrece su apariencia, una estructura permanente y eterna que la delimita, la define y la constituye en lo que es. Esta estructura constituye su «forma», su «naturaleza» esencial. La «forma substancial» junto con la «materia» son la substancia de cada cosa. Cada cosa tiene su propia substancia y sólo porque la tiene es, en efecto, una cosa y mantiene su ser.

Así toda apariencia, toda cualidad, todo lo que surge y desaparece en el mundo, colores, sonidos, perfumes, figuras, ritmos... se desenvuelven sobre un fondo permanente sujeto a ley, que permite decir de cada cosa que es ella misma a pesar de sus transformaciones.

Claro es que este núcleo permanente de las cosas no *aparece* nunca ni es posible que se ofrezca a nuestra mirada. Está *tras* la apariencia. Es *sub-stantia* —*upo-koimenon*—. Se halla bajo las cosas y las sustenta. No nos es nunca dado ni lo puede ser. Pero es necesario —racionalmente necesario— para que la cosa mantenga su unidad y se pueda decir algo de ella.

Esta sub-posición permite formalizar el diálogo y hablar de las cosas y con las cosas con solvencia y seriedad. Toda la obra de la metafísica consiste en *sostener* la realidad evanescente de la apariencia —«salvar las apariencias»— mediante la organización de una arquitectura substancial.

El Universo queda, así, articulado y osificado como un sistema de estructuras permanentes sobre las cuales se manifiestan cambios accidentales. Las cosas son de la naturaleza del logos. Idénticas a sí mismas, podemos confiar en ellas, sabemos que cuando nos dicen sí es sí y cuando no, no. Desaparece el misterio o queda reducido a límites insignificantes e inoperantes.

*

Esta concepción original arriesgada, creación heroica del pensamiento helénico, orientado en el logos —en la palabra— frente al «sentido común» de la mentalidad mágica que vive en la contradicción y por la contradicción, resulta tan clara, tan «natural», una vez formulada que se instala en el mundo occidental como verdadera y única realidad. Instituído por Aristóteles, introducido por Santo Tomás en el seno de la cultura cristiana, se convierte en el contenido de un nuevo «sentido común». Su fisionomía coincide exactamente con la descripción somera que hemos esbozado antes de nuestro mundo «normal». El mundo «natural» del hombre occidental medio es el mundo aristotélico.

La naturaleza originaria, telúrica, llena de fuerzas y de secretos, amenazadora o propicia, potente y misteriosa, queda reducida a un sistema jerárquico y orgánico de «cosas» bien trabadas y sometidas a las

leyes silogísticas de la razón. Mediante ello, para dominar a la naturaleza no será ya precisa la traza enigmática del mago ni la fuerza sacrílega de Prometeo. Basta la luminosidad de la palabra unívoca que fija las cosas y las revela en su ser. Descubrir, revelar, remover los velos de las cosas, dejarlas en su escueta estructura esencial, determinar las substancias y las causas —las «formas substanciales»— es la única forma del saber y el único instrumento del obrar. Sabida la esencia, pronunciada la palabra adecuada, la fórmula de la acción se desprende con claridad y precisión matemática.

Bergson afirma que la filosofía aristotélico-tomista no es otra cosa que el contenido del «sentido común» articulado en forma sistemática. La afirmación es parcialmente exacta. El mundo en el cual vivimos nuestra vida «normal» es, en efecto el mundo aristotélico en su adaptación cristiana. Pero la relación genética entre ambos es exactamente la contraria. No es que Aristóteles tome del «sentido común» la ciencia sino que la ciencia aristotélica, resultado y concreción de una larga lucha intelectual contra el común sentir del hombre «primitivo» penetra todas las capas de nuestra cultura y acaba por convertirse en una convicción «normal». Nuestro «buen sentido» o razón es la decantación de la metafísica helénica iniciada por Parménides y llevada a su perfección por Aristóteles, convertida en tópico, hecha habitual y reducida a una *manera* del pensar.

De ahí su segura petulancia y su oposición a todo lo que signifique aventura o riesgo. La metafísica de las «firmas substanciales» se ha convertido en el común sentir de la mediocridad civilizada y desde su parapeto opone su negativa a todo esfuerzo de creación espiritual.

▪

Verdad es que sólo mediante ella ha sido posible la constitución de la ciencia y de la civilización «europea» con su fisonomía propia. Proyectadas las categorías de la razón —las palabras con sentido, los *logoi*— sobre la naturaleza, las cosas se convierten en *ob-jetos,* se objetivan o se impregnan de «objetividad». Surge la posibilidad de una consideración especulativa del mundo y la razón llega a ser un instrumento formidable de dominio. El hombre teórico crea un instrumento práctico y activo

de una eficacia incomparable. Las ideas claras expulsan a los demonios. El universo de los titanes queda reducida a una «cosa natural» y banal en la cual no hay lugar para lo imprevisto. Nada queda esencialmente indomable. La razón es, en principio, todopoderosa. El hombre se siente señor de la «naturaleza». Por formas, causas y razones la somete a su albedrío. El afán contemplador llevado a sus últimas consecuencias se convierte en la fuente más auténtica de la civilización más activa y dominadora que haya conocido la historia: la cultura occidental que culmina en la civilización mecánica.

Al iniciarse los tiempos modernos, el mundo queda convertido en una máquina y Dios en el gran maquinista que la pone en marcha de un «papirotazo» (Descartes). El hombre «moderno» como un «pequeño Dios» aspira a poner en marcha o detener el curso del mundo dando media vuelta a la manivela de un conmutador. Y en parte lo ha conseguido ya gracias a su «objetividad». El poder del hombre mecánico previsto en la anécdota de Arquímides, se hace enorme. Para el bien y para el mal.

En razón del mal y del bien y por encima del «bien» y del «mal», es preciso, sin embargo, aquilatar el instrumento y reducirlo a los límites de su validez.

Y puestos en este camino es preciso confesar que ni la convicción profunda y espontánea del hombre auténtico y desnudo, ni la investigación científica, ni el pensamiento filosófico riguroso, permiten sostener como absoluto el «realismo» confortable de las «cosas» tal como lo recoge de una tradición de gran estilo la suficiencia petulante de la mediocridad.

JOAQUIN XIRAU



POEMAS ÍNTIMOS

1

COTIDIANA AGONIA

¡Qué lento paso el día!
¡Qué pie tan largo el de la muerte!
Hora tras hora llega
arrastrando mi cuerpo
por la calle desierta de su vida
y hora tras hora vuelve
en cadena perpetua
a inaugurarlo entero,
por clavarle mejor su dura argolla...

Cada noche es mi tumba
y nazco nuevamente
cada golpe de luz en la mañana.
Ni la sombra del árbol,
ni la constante rama del ensueño,
nublan ni me sostienen,
¡tan bellos! junto al alba de mi ruta.
Cada golpe de luz,
cada minuto,
hunde su azada más
y cava lentamente
la larga fosa del camino
que ha de llevar mi sino hasta la tarde.

3

En esta fosa como un río
derramo mi corriente
—blanda cruz cotidiana—,
floreciendo en mis ojos
el temprano brotar de sus riberas.
Salgo como una fuente.
Llego, como una nube:
como una negra nube
de soledad y de silencio.

¡Qué lento paso el día!
¡Qué pie tan largo el de la Muerte!

Bajo su hundida huella:
en este surco intermitente
de luz y sombra,
de despertar y sueño,
mi piel opaca se enlutece
y siente gota a gota
rezumando la guerra,
como un puñal
que sale lento de mi entraña.

Y en este andar constante
camino de la dicha,
que trueca así los puntos de mi suerte,
llevo un paso tan fijo,
que a veces me parece
haber con mi dolor
desbaratado el tiempo.

...Miro arriba, la noche,
y marchan lentas sus estrellas...
Miro luego hacia abajo:
sobre la tierra enflaquecida,

mi cuerpo sigue y vuelve
sin buscar un descanso,
mi cuerpo sigue y vuelve,
perdido en la misión de su tristeza.

2

AMANECER

¡Qué sereno está el cielo!
Tan quieto está en el alba
su azul, que no domina
la pisada del tiempo la paz de su presencia
y van por él las horas, desgajadas,
flotando medio hundidas,
abandonando al hombre
con su ausencia, el espacio,
porque mejor contemple desde el suelo
su orgulloso albedrío,
la grandeza infinita perenne de la aurora.

Como tú, cielo claro,
que dichoso repartes tus riquezas,
ausente a la maldad,
a la envidia y al odio,
yo pensé levantar mi interno mundo.
igual que una pupila milagrosa
dentro de la que hubiera
la multitud feliz que me acompaña.

Como un lago redondo,
estas profundas aguas

—cristal de mi conciencia—,
en su inmerso país, vivo apresaban
la selva de mi pueblo:
ese pueblo de mí que era mi vida.

Solo, aguardaba cóncavo y parado
en medio de mi cuerpo agonizante,
una mano viril que lo arrancara
dejándome vacío.
Una mano o el tiempo o la certeza
de que su flor cuajada
el aire perseguía
y, útil, su alegre plaza levantando,
olvidaba mi muerte negra oscura
para dejar su sol vivo en la tierra.

Mas hoy,
frente por frente a ti mis ojos alzo
y, como tú en el alba,
siento quietas las horas
flotar por la presencia
íntima de mi sangre.
Sereno como tú, frente al sereno
caudal azul que curva tu corriente;
con la sombra detrás, como tú, cielo:
ahogándose en mi pecho
como una interna herida
mi parto se retrasa.

¿Quizás inútilmente en mí se enreda
sintiendo pobre el fruto de mi alma
o, por nacer mejor, está en acecho?

No sé:
hoy frente a frente estamos los dos, cielo,

y enmedio de los dos rueda la luna
y la guerra más cruel que ha iluminado
con su indolente luz la triste Tierra.

Tal vez en el albor se halle cansada
la muerte en ella y frente a ti se olvide
la alborotada angustia de sus balas,
dejándome así tiempo de gozarte.

Al hacerlo, a mí vuelvo
como un niño invencible y voy mirando
esta hermosa locura que hoy recuerdo,
y como el mar azul, a que a ti se iguala,
te sueño en mis oscuras tempestades,
que un nuevo amanecer mi pecho aguarda
como tú, claro cielo.

E. PRADOS

(Del libro inédito «Constante amigo»)



LA PÉRDIDA DE DIOS

El presente trabajo fué escrito en la primavera de 1936, cuando aún había paz en España; la guerra impidió su publicación ya preparada en aquellos meses. Se trata en él de poner en claro algunos aspectos fundamentales de la filosofía del siglo XVII; al aparecer ahora, en 1938, coincide con el centenario del nacimiento de uno de los mayores filósofos de esta época: Malebranche. La guerra, que aún dura, nos impide hoy en España ocuparnos de él como merecería; que este ensayo, que se mueve en el ámbito del problema central de su metafísica, sirva de conmemoración al actualizarlo.

J. M.

I

VARIACION EN LA MENTE EUROPEA

De tiempo en tiempo, se descubren cambios desusados en el mundo. No parece ya que se siga el paso firme y lento que acostumbra la historia, sino que hay un hervidero creciente de mudanzas. Todo cambia vertiginosamente, y se va transformando sin descanso el mundo. Pero estas épocas, cuando se las quiere apresar, se hurtan con agilidad a la mente

y le ocultan, no ya su secreto, sino los contornos mismos de su realidad móvil. ¿Cuándo empiezan? ¿Hasta dónde se extienden en los años? Esta primera cuestión se suele mostrar arisca y difícil. A veces se presentan como afectados por este cambiar brusco largos períodos de tiempo, que suelen tomarse como realidad homogénea. Se habla de decadencia del mundo antiguo, y es menester cautela para no hacer entrar en ese concepto desde los Diadocos hasta la irrupción de Alarico en los confines del Imperio. Cuando se advierte la falta de sentido que esto tiene, se propende a lo inverso: a examinar minuciosamente los años, uno por uno, a no confundir este siglo con aquél, ni este decenio con el que le sigue. Pero la claridad, desgraciadamente, no suele aumentar demasiado. Vista desde tan cerca, la realidad histórica parece excesivamente complicada y mudable. Tanto, que se duda ya si todas las mudanzas que se entrelazan de modo tan sutil pertenecen a una efectiva etapa de evolución del mundo. Se ve de un modo clarísimo que hay cambio; pero de una manera tan extremada y compleja, que se sospecha que acaso no podrá hablarse de *un* cambio lleno de conexión y de sentido.

Todas las menudas mudanzas parciales, ¿se unen para formar un paso de la historia? ¿O son sólo agitación, hervidero sin designio y sin límites? Si se acota un espacio de tiempo, parece que la mudanza excede siempre de él. Antes y después, también la había. Pero, ¿la misma u otra? Esta es la cuestión. Lo nuevo, lo que se reconoce como nuevo y naciente, se da junto con las cosas más viejas, y muchas de éstas siguen perdurando. La época aparece como contradictoria. Y si esperamos a que todo se aclare, a que lo viejo muera y lo nuevo triunfe plenamente, nos escapan los límites, y acaso nos encontremos en una nueva zona de mudanza, perdidos de nuevo y sin salida.

Algo de esto ocurre en la gran época de cambios que es la historia europea en los confines de los siglos XVII y XVIII. Es evidente que en esos años se pasa de un mundo a otro muy distinto. Pero, ¿cómo? En esos años suceden demasiadas cosas para que sea fácil ver con claridad. Muchas cosas que a veces son opuestas, y todas pujantes; y se pregunta uno cuáles son las decisivas. Por otra parte, algunas dimensiones muy características de esta época proceden de tiempo atrás. Y entonces se nos extiende entre las manos, hasta perder toda precisión. Nos vemos

obligados a buscar sus raíces en el Renacimiento y sus consecuencias directas en el romanticismo; y tenemos que considerar un inmenso período de más de tres siglos. Esto nos parece, con razón, intolerable. No se puede operar con tan largo tiempo, ni hacer sobre él afirmaciones precisas. Tal es la situación espinosa y difícil con que se tropieza. ¿Cómo salvarla?

Hace poco, se ha escrito en Francia un libro excelente sobre esta cuestión. Me refiero a *La Crise de la Conscience Européenne,* de Paul Hazard, profesor del Colegio de Francia. Hazard ha puesto debajo del título de su libro dos fechas: 1680-1715. Con esto se ve que opta por hacer un análisis minucioso de los años que juzga decisivos, sin cabalgar alegremente por las centurias. Paul Hazard intenta encontrar la verdad de ese tiempo riquísimo, a través de un material extenso y variado, que maneja con un dominio y una luminosa elegancia que no quiero dejar de subrayar aquí. Y es indudable que consigue muchas cosas en este libro, tan atractivo y tan bien hecho. Por lo pronto, darnos una visión llena de frescura y nitidez de la intrincada complejidad de esos decenios; además, establecer con precisión las conexiones que vinculan los momentos más importantes: y hacer ver que, en efecto, «la mayoría de los franceses pensaba como Bossuet; de repente, los franceses piensan como Voltaire». Y añade Hazard: «es una revolución». Nos muestra, pues, cómo se transforma en esos años *la superficie de la historia.*

Sin embargo, a pesar de todas esas excelencias, el libro de Hazard deja algunas dudas sobre cuestiones muy centrales. Por ejemplo, acerca de los límites mismos que asigna a esta época de crisis europea. El período aparece al final un tanto desdibujado, aunque por otra parte conserva una unidad visible. Esto hace temer que haya una raíz oculta que dé su sentido unitario a todos esos cambios, y que no aparezca suficientemente subrayada en esta exposición. Si así fuera, sería conveniente precisar la evolución de esa raíz determinante, lo que arrojaría no poca luz sobre la alteración del aspecto del mundo, sobre la transformación, como antes decía, de la superficie de la historia. Recoger y mostrar algunos hechos del pensamiento europeo; que influyen esencialmente en estos cambios y hacen que adquieran la conexión y el sentido de una etapa del mundo, es lo que aquí me propongo.

A lo largo del siglo XVII, y con toda plenitud en el XVIII, acontece en Europa algo muy peculiar, y a lo que se pueden referir en definitiva los más de los cambios porque en esos años se pasa. Se trata de la suerte que corre en los asuntos humanos un personaje que, hasta entonces había desempeñado un papel importantísimo: Dios. No podemos negar que no le faltaban títulos para ello. Pero eran títulos un tanto vagos y generales; no se justificaba en cada caso la presencia de Dios en la ciencia humana. Era, por razones, repito, de gran generalidad, el gran supuesto de las disciplinas científicas y de los principios directores de la vida. Ateniéndonos a las ciencias, esto es especialmente visible, y se advierte que los motivos por los que Dios era supuesto de ellas eran religiosos o, a lo sumo, teológicos; es decir, extrínsecos al contenido científico mismo. Pues bien, en el siglo XVII va dejando Dios de aparecer en las ciencias. Se habla de un derecho natural, de una moral natural, a veces estética, incluso de una religión natural o deísmo, donde, a decir verdad, Dios no tiene demasiado que hacer. Y lo más curioso del caso es que no se dan tampoco muchas razones para justificar por qué la Divinidad desaparece de la ciencia. Dios pasa de ser el supuesto principal de todas las disciplinas a la total ausencia de ellas, sin que se sepa muy bien por qué. Con lo cual, quedan grandes dudas respecto a la legitimidad de esa presencia o de esa ausencia.

Resolver esta cuestión es acaso lo más urgente y necesario que se plantea a la mente de nuestros días. Pero aquí no es posible ni siquiera rozar el tema. Dejando esto a un lado, se puede uno preguntar cómo y por qué se realiza este proceso mediante el cual Dios se va alejando de la mente europea. La razón de esto tiene que encontrarse en que varíe de algún modo la situación intelectual de Dios. Y la Divinidad ha sido tradicionalmente objeto de la metafísica. Más aún, dentro del Cristianismo, el tema de Dios ha ocupado en la filosofía un puesto decisivo, porque ha determinado en buena parte todos los demás. De la suerte, pues, del ente divino ha dependido la de todo el sistema mental del hombre: por eso nos es menester ponerla en claro. ¿Qué ha ocurrido con Dios en la filosofía moderna?

II

DIOS EN LA METAFISICA MODERNA

1. Es suficientemente conocido el proceso mediante el cual Dios se va apartando de la razón, en la última etapa de la Escolástica medieval, para acentuarse su carácter voluntario y omnipotente. Se empieza por pensar que a Dios no le convienen limitaciones racionales, buenas para los hombres, pero inadecuadas a su índole divina. Parece menoscabo a la grandeza de Dios el que esté obligado a ajustarse a la racionalidad; y la afirmación ockamista de la arbitrariedad y omnipotencia divinas no hace sino poner a Dios en el lugar digno de su naturaleza (1).

Pero esto tiene la consecuencia de que no es posible hacer gran cosa con la razón, aplicada a Dios. Y el hombre, para saber de la Divinidad, no ha tenido más que dos fuentes: la razón y la revelación. Si la primera no es válida, no hay lugar ni posibilidad para una *theologia naturalis*. Sólo queda en pie la *theologia fidei,* fundada en revelación; pero tampoco esta teología queda indemne, porque —no hay que olvidar esto— la teología, por muy fundada que esté en la revelación, es una ciencia y una ciencia racional. Por esto se va acentuando cada vez más el carácter práctico de la teología, y se va cargando de un sentido religioso que desplaza un tanto el rasgo intelectual y raciocinante. Dios no es, pues, objeto propio de la razón. Por tanto, la filosofía se ve obligada a prescindir de algún modo de él.

¿A qué regiones de la realidad se aplica entonces la razón? Desde luego, al hombre, que es quien propiamente es racional. No olvidemos que el final de la Edad Media es época en que la lógica está en gran favor. Pero no sólo al hombre; hay un objeto al que se vuelven los ojos, después de haberlos apartado de Dios, y que, por lo visto, tiene una extraña estructura racional. Los conceptos humanos, en su forma más precisa y rigurosa, los conceptos matemáticos incluso, se adaptan maravillosamente a la naturaleza; aquí sí es plenamente válida la razón: lo que cons-

(1) Cf. Xavier Zubiri, «Hegel y el problema metafísico, Cruz y Raya», núm. 1, pág. 21.

tituye tradicionalmente la naturaleza del hombre muestra su adecuación a la naturaleza de las cosas. En la naturaleza, el hombre se siente seguro y en su casa. En cuanto a Dios, pierde intelectualmente interés. Se trata bastante de él, es cierto, pero suele ser con vistas al mundo. Para Nicolás de Cusa es *coincidentia oppositorum*, pero es menester advertir que estos opuestos son la contrariedad del mundo: lo que se busca es que Dios salve esa discordia de las cosas. Y se intenta también, de un modo o de otro, poner de acuerdo a Dios con este mundo que el hombre parece haber estrenado. Por eso son tan frecuentes en la época —una época bastante dilatada— las acusaciones de panteísmo, más o menos justificadas, pero que encuentran su pretexto en ese inmoderado afán de evitar conflictos entre la criatura y el Creador. Dios interesa a la mente, de un modo muy principal, por su relación con el mundo, y no por sí mismo.

Por otra parte, este mundo no necesita excesivamente de Dios. Es cierto que ha sido creado por él; pero nada más. La antigua idea de la conservación, de la creación continuada, va perdiendo validez; el mundo, una vez creado, es con suficiente plenitud para subsistir. Y ya está creado; que Dios, simplemente, no lo aniquile, y no es menester más. La mente se puede desentender de Dios y aplicarse a este mundo en que vive, donde tan maravillosamente funciona. Con Dios hay que tratar religiosamente: intelectualmente, no es demasiado necesario. El hombre se recoge en su razón y en lo que le es homogéneo; se vuelve al mundo; se instala, lleno de fruición y confianza, en la naturaleza. La mente humana, tan atareada poco antes con la teología, ha cambiado de temas; sólo le ocupan aquellos en que puede ejercitarse con éxito: el hombre, la naturaleza Ciencia natural, humanismo. Ha comenzado el Renacimiento.

2. En el Renacimiento se hacen muchas cosas. Arte, literatura, erudición, moral, descubrimientos. Se renuevan las cosas antiguas, y el gusto por ellas, sobre todo por algunas. (No deja de tener interés ver qué cosas de la antigüedad gustan más a los hombres renacentistas.) También se cultiva bastante una cosa que llaman filosofía. Pero vale la pena de examinar esto un poco más despacio.

La filosofía del Renacimiento se propone, en primer término, desechar la Escolástica y renovar la filosofía de los antiguos. Sin embargo,

la Escolástica estaba fundada en buena parte en los escritos neoplatónicos y, de un modo manifiesto y ostensible, en Aristóteles, filósofo antiguo. ¿Qué quiere decir esto? La verdad es que el Aristóteles de la Escolástica no interesaba mucho. Estaba latinizado —en impuro latín medieval— y, sobre todo, pasado por la teología. Y lleno de silogismos y distinciones, que en manos de los frailes de la Edad Media habían proliferado abundantemente. No era esto lo interesante del mundo antiguo. Había, mejor, Platón, que permitía hablar del alma y del amor, y escribía tan buen griego. Y algo mejor todavía: los estoicos. Estos tenían todas las ventajas: se ocupaban preferentemente del hombre, en escritos llenos de dignidad y de nobleza; mostraban ejemplos de vida serena y sosegada, llena de mesura, sin frenesí como el del fin de la Edad Media: y, sobre todo, hacían girar su filosofía entera alrededor del concepto más en favor: la naturaleza. Vivir según la naturaleza: esto es lo que era menester. Poco importaba que la naturaleza estoica se pareciese poco a la renacentista; que, durante tanto tiempo, la palabra *naturaleza* se hubiese emparejado con la palabra *gracia*. No era menester entrar en tan sutiles distinciones.

La filosofía del Renacimiento se caracteriza por una considerable falta de precisión y de rigor. Si la comparamos con los buenos momentos de la Escolástica, incluso la que le precede inmediatamente en el tiempo, la inferioridad es manifiesta, y no sería excesivo interpretar negativamente el Renacimiento *en la filosofía*. La época renacentista no es, en modo alguno, un período metafísico creador. Aún no se ha pensado con plenitud la situación ontológica de este mundo, habitado por el hombre racional y alejado de Dios, que nos había dejado la Edad Media. El hombre no se ha hecho cuestión seriamente de su nueva situación intelectual. Esto va a ocurrir por vez primera en los primeros decenios del siglo XVII, por obra de Descartes. La modernidad va a pensar metafísicamente sus propios supuestos. ¿Qué sucede entonces? ¿Cuál es la significación del cartesianismo?

3. Descartes comienza por afirmar esa situación de desvío de la teología, que ha encontrado en su tiempo. No se ha de ocupar de ella, aunque sea cosa sumamente respetable. Precisamente por ser demasiado respetable y elevada. Las razones que da son sintomáticas de todo ese

modo de pensar del final de la Escolástica, a que antes aludía. *Je révérois notre théologie, et prétendois autant qu'aucun autre à gagner le ciel; mai ayant appris, comme chose très-assurée, que le chemin n'en est pas moins ouvert aux plus ignorants qu'aux plus doctes, et que les vérités révélées qui y conduisent sont au-dessus de notre intelligence, je n'eusse osé les soumettre à la foiblesse de mes raisonnements, et je pensois que pour entreprendre de les examiner et y réussir il étoit besoin d'avoir quelque extraordinaire assistence du ciel et d'être plus qu'homme.* (*Discours de la Méthode*, I.e partie).

Descartes subraya el carácter práctico, religioso, de la teología; de lo que se trata es de ganar el cielo. Pero ocurre que se puede ganar sin saber nada de teología; lo cual viene a poner de manifiesto su inutilidad. Conviene advertir que Descartes no da esto como un descubrimiento suyo, sino al revés: es algo que ha aprendido; por tanto, cosa sabida ya y transmitida, y además perfectamente segura; es, pues, la opinión del tiempo. En segundo lugar, es asunto de revelación, y que está por cima de la inteligencia humana. La razón no puede nada con el gran tema de Dios; sería menester ser *más que hombre*. Es, claramente, cuestión de jurisdicción. El hombre, con su razón, por un lado; del otro, Dios, omnipotente, inaccesible, sobre toda razón, que alguna vez se digna revelarse al hombre. La teología no la hace el hombre, sino Dios. El hombre no tiene nada que hacer ahí. Dios está demasiado alto.

Todavía más: el ateísmo nace cuando se concede a nuestra mente tanta fuerza y sabiduría, que intentamos comprender lo que Dios puede y debe hacer. Las dificultades desaparecen al recordar que nuestros espíritus son finitos, y Dios infinito e incomprensible. (*Meditationes*, Praefatio ad lectorem). Conviene, por tanto, renunciar a la investigación de Dios. Descartes recoge plenamente esta actitud al comenzar su filosofía.

Y desde los primeros pasos, resulta que tiene que renunciar también al mundo. La naturaleza, que tan gozosamente se mostraba por los sentidos al hombre renacentista, es algo totalmente inseguro. La alucinación, el engaño de los sentidos, nuestros errores, hacen que no sea posible hallar la menor seguridad en el mundo. No hay nada cierto, sino yo. Y yo no soy más que *una cosa que piensa, mens, cogitatio*. Por tanto, ni siquiera hombre corporal, sino sólo *razón*. Por lo visto, no es posible re-

tener al mundo, que se escapa; sólo es seguro y cierto el sujeto pensante. El hombre se queda solo con sus pensamientos. La filosofía se va a fundar en mí, como conciencia, como razón; desde entonces, y durante siglos, va a ser *idealismo.*

Esta solución es congruente. Dios había quedado fuera por quedar fuera de la razón; esto era lo decisivo. No puede extrañarse, pues, que se encuentre en la razón el único punto firme en que apoyarse. Esto, en medio de todo, no es nuevo; lo que ahora ocurre es que la razón es asunto humano; por eso la filosofía no es simplemente racionalismo, sino también idealismo. Se va a tratar de fundar en el hombre, mejor dicho en el yo, toda la metafísica; la historia de este intento es la historia de la filosofía moderna.

El mundo no ha resistido la duda cartesiana; al primer encuentro con ella, se ha perdido, y sólo queda firme el yo. Pero, Descartes no ha hecho más que empezar su filosofía. poniendo el pie allí donde el terreno es seguro. A Descartes le interesa el mundo; le interesan las cosas, y esa naturaleza en que se aplica la ciencia de su tiempo. Pero está preso en su conciencia, encerrado en su yo pensante, sin poder dar el paso que le lleve a las cosas. ¿Cómo salir de esta subjetividad? ¿Cómo continuar su filosofía, ahora que ha encontrado el principio inquebrantable y cierto? Ya que tiene algo que es seguramente verdad, cómo superar respecto de lo demás la duda, para llegar a la certeza, a la verdad de las cosas? Descartes se dispone a reconquistar el mundo.

Para esto tiene que dar un rodeo. Y el rodeo cartesiano para ir del yo al mundo pasa, cosa extraña, por Dios. ¿Cómo es esto posible? Habíamos visto que Descartes abandona la teología, que Dios es incomprensible; y ahora, de modo sorprendente, entre el hombre y el mundo se interpone la Divinidad, y Descartes va a tener que ocuparse de ella. Es menester explicar esto. Descartes encuentra que su existencia es firme, indubitable; no puede no ser cierta. Y sabe esto porque ve que es así, porque penetra con evidencia, clara y distintamente, su verdad. Es una verdad que se justifica a sí misma, que muestra consigo los títulos que la hacen patente. Cuando se encuentre con algo semejante, tendrá que admitir forzosamente que es verdad. A menos que esté en una situación de engaño, que sea víctima de una ilusión, y haya alguien que le

haga ver como evidente lo más falso. Entonces, la evidencia no serviría para nada, y no se podría afirmar más verdad que la de que yo existo; y ésta porque, naturalmente, si me engañan, el engañado soy yo o, lo que es lo mismo, yo, el engañado, soy. El hombre quedaría definitivamente preso en sí mismo, sin poder saber con certeza más que de su existencia. ¿Quién podría engañarme de tal modo? ¿Quién tendría tanto poder? Dios, si acaso existiera; no lo sabemos, pero tampoco que no exista. Pero si Dios me engañara de ese modo, haciéndome creer lo que no es, sumiéndome en el error, no por mi debilidad, ni por mi precipitación, sino por mi propia evidencia, no sería Dios; repugna pensar tal engaño por parte de la Divinidad. No sabemos si hay Dios; pero si lo hay, no puede engañarme; quien podría hacerlo sería algún poderoso genio maligno; Dios, no. Para estar seguros de la evidencia, para podernos fiar de la verdad que se muestra como tal, con sus pruebas claras y distintas en la mano, tendríamos que probar que hay Dios. Sin esto, no podemos dar un paso más en la filosofía, ni buscar más verdad que la de que soy.

Descartes prueba, en efecto, la existencia de Dios. Y lo demuestra de varias maneras, con argumentos de un alcance y una importancia muy dispares; principalmente, con la llamada prueba ontológica, que descubrió San Anselmo allá en el siglo XI. No me interesa entrar aquí en la estructura de la prueba; sólo quiero advertir, que parte de la *idea* —Descartes dirá clara y distinta— que tengo de Dios, el ente perfectísimo; y que se funda en buena medida en el problema de la interioridad o *intimidad de la mente*: dos circunstancias que la hacen adecuada y accesible a la situación filosófica cartesiana (1). Pero lo que aquí importa ante todo, es la necesidad de Dios, y el que Descartes tenga que probar su existencia. Ya vimos las razones que daba Descartes para llegar a esto; pero ahora, puede uno preguntarse cuál es el sentido ontológico de ese extraño argumento del genio maligno.

Si estamos engañados por un poder perverso, si nuestra mayor evidencia es sólo error, esto quiere decir que mis ideas no tienen verdad,

(1) Una interpretación del argumento ontológico en su fundador puede verse en mi ensayo (San Anselmo y el insensato, Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, n.º 2. En el mismo número se encontrará un breve resumen del libro de Hazard antes citado.

que son sólo ideas, sin que nada les corresponda fuera de ellas. Estaría entonces preso en mí, sustancia pensante que no podría alcanzar las otras cosas, concretamente: la sustancia extensa que es el mundo. Este problema de la verdad y del conocimiento, planteado en términos cartesianos, es el de la comunicación de las sustancias, que tan dificultosa resulta partiendo del yo, cosa pensante, absolutamente distinta y heterogénea de toda cosa extensa, aun de la realidad cercanísima y viviente de mi cuerpo. *Je connus de là que j'étois une substance dont tout l'essence ou la nature n'est que de penser, et qui, pour être, n'a besoin d'aucun lieu ni ne dépend d'aucune chose matérielle; en sorte que ce moi, c'est-à-dire l'âme, par laquelle je suis ce que je suis, est entièrement distincte du corps...* (*Discours de la Méthode*, 4.è partie).

Descartes ha cuidado tan bien de subrayar la distinción e independencia de su alma razonante, que ahora no puede salir al mundo. Las ideas de la *res cogitans* pueden ser, a pesar de toda su evidencia, puras quimeras, sin la menor relación con la *res extensa,* separada por un abismo metafísico: fantasmagorías claras y distintas. Pero, no es esto lo más grave, con serlo tanto. Esta imposibilidad de que el yo conozca con verdad el mundo, no sólo afecta a este conocimiento, sino a la índole misma de la *res cogitans*. Razón no es la facultad de producir ideas sin verdad y sin realidad; si no es capaz de apoderarse del mundo, si no hace que el yo logre envolver la extensión entera de las cosas, en ese modo extraño que se llama saber, y tener su verdad, no merece llamarse razón. Por tanto, es menester al hombre, para ser en realidad lo que es cartesianamente, una cosa que piensa, un ente racional, lograr un conocimiento de las cosas, trascender de sí propio, ser capaz de verdad. Y es Dios quien da la seguridad de que esto es así; no engaña al hombre; es decir, hace que sus ideas claras y distintas sean verdaderas; en otros términos, que cuando las ideas lo sean plenamente, sean más que ideas, y reflejen la realidad de las cosas. Dios es la sustancia infinita que funda el ser de la sustancia extensa y la sustancia pensante. Las dos son distintas y heterogéneas; pero convienen en *ser,* en el mismo radical sentido de *ser creado*. Y en esta raíz común que encuentran en Dios las dos sustancias finitas se funda la posibilidad de su coincidencia y, en defini-

tiva, de la verdad. Dios, fundamento ontológico del yo y de las cosas, es quien hace posible que el mundo sea sabido por el hombre.

Desde este punto de vista es como adquieren la plenitud de su sentido las pruebas que Descartes utiliza para demostrar que hay Dios. Las ideas que tengo de las cosas —viene a decir— pueden muy bien ser sólo un producto mío, algo dependiente de mi naturaleza pensante, y nada más; y estas ideas pueden ser, por eso, verdaderas o falsas; nada me asegura que exista lo que significan, que les corresponda nada fuera de mi subjetividad que las piensa. La idea de Dios, en cambio, es de tal índole perfecta, de tal modo ajena a mi naturaleza y a mis posibilidades, que no puede proceder de mí; no puede ser una mera ficción de mi mente; me viene de fuera; por tanto, de otra cosa que no soy yo, de algo que trasciende de ella misma. Esta idea de Dios me pone, pues, enfrente de una realidad distinta de mí. Por esto ejerce una acción liberadora sobre el hombre, haciéndole salir de sí propio para encontrarse con la realidad efectiva de lo que no es él.

Vemos, pues, cómo Descartes tiene que pasar por Dios para llegar al mundo, y cómo, aun renunciando a la teología, hay un momento en que tiene que ocuparse intelectualmente de Dios. Pero no es menester que haga, ciertamente, teología; le basta con probar la existencia de Dios; y esto lo hace mediante la prueba ontológica. El argumento ontológico es quien permite al hombre idealista, que había perdido a Dios, y luego también al mundo, reconquistar a uno y, como consecuencia, al otro. La filosofía cartesiana y, como veremos, todo el idealismo hasta Leibniz, se fundan en el argumento ontológico.

4. He insistido de preferencia en Descartes porque en él es donde en verdad acontecen estos pensamientos; pero algunas cosas se pueden ver de un modo más claro y agudo en la filosofía que le sigue, donde estas ideas se van llevando a sus últimas consecuencias. Por ejemplo, la necesidad de Dios para que sea posible conocer las cosas adquiere en Malebranche su forma más patente y extremada.

Todavía Descartes había intentado salvar de algún modo la interacción de las sustancias, reduciéndola a los pequeños movimientos y alteraciones de la glándula pineal. Malebranche va a afirmar taxativamente que no hay, ni puede haber comunicación ninguna entre la mente y los

cuerpos. *Il est évident que les corps ne sont point visibles par eux-mêmes, qu'ils ne peuvent agir sur notre esprit, ni se représenter à lui.* (*Recherche de la vérité,* Xè éclaircissement). El conocimiento directo del mundo es, por tanto, absolutamente imposible; pero hay algo que permite ese conocimiento: Dios tiene en sí las ideas de todos los entes creados; esto por una parte; además, *Dieu est très étroitement uni à nos âmes par sa présence, de sorte qu'on peut dire qu'il est le lieu des esprits, de même que les espaces sont en un sens le lieu des corps. Ces deux choses étant supposées, il est certain que l'esprit peut voir ce qu'il y a dans Dieu qui représente les êtres créés, puisque cela est très spirituel, très intelligible et très présent à l'esprit.* Y unas páginas después añade Malebranche: *Si nous ne voyons Dieu en quelque manière, nous ne verrions aucune chose.* (*Recherche de la vérité,* Livre III, 2e partie, chapitre VI).

Es Dios quien hace que yo conozca las cosas inaccesibles. Su espiritualidad lleva en sí las ideas de las cosas corporales, creadas por él. Esto es lo que tienen de común las cosas todas: ser creadas. El ser está presente en las cosas y las unifica en un sentido, a pesar de su radical diversidad. Esta vinculación ontológica total es lo que permite que se hable con sentido de la *razón.* En una subjetividad sin referencia a la realidad, no se podría decir que la hubiera. Malebranche se da cuenta de esto con plenitud: *Il n'y a personne qui ne convienne que tous les hommes sont capables de connaître la vérité; et les philosophes même les moins éclaires, demeurent d'accord que l'homme participe à une certaine raison qu'ils ne déterminent pas. C'est pourquoi ils le définissent animal RATIONIS particeps; car il n'y a personne qui ne sache du moins confusément, que la différence essentielle de l'homme consiste dans l'union nécessaire qu'il a avec la raison universelle,* (*Recherche de la vérité,* X.è éclaircissement).

Las palabras de Malebranche son de tal modo claras y significativas, que he preferido citarlas textualmente, mejor que cualquier comentario. Vemos en Dios todas las cosas; es la condición necesaria de todo saber y de toda verdad. Malebranche toma literalmente y con todo rigor las palabras de San Juan en el cuarto evangelio: Dios es *lux vera quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* Por tanto, Dios

es absolutamente menester; aunque no se conozca la plenitud de la esencia divina, es forzoso al menos saber que existe. La filosofía de Malebranche necesita igualmente una prueba de la existencia de Dios, y en ella encuentra su fundamento.

5. El caso de Espinosa es más complicado; no es menester, para los efectos que aquí me propongo, entrar en el detalle de su planteamiento del problema metafísico. Si bien Espinosa está en la misma línea de la filosofía racionalista francesa de Descartes y Malebranche, por otra parte hay en él otras dimensiones que le dan un sentido profundamente diferente. Basta ver en él dos cosas, el problema de la comunicación de las sustancias y el papel que desempeña Dios. La relación de estas dos cuestiones aparece con toda evidencia.

Espinosa da la solución más tajante al primero de esos problemas. Hemos visto cómo Malebranche niega que haya efectivamente una comunicación de las sutancias. La doctrina de Espinosa es todavía más radical: consiste en negar lisa y llanamente toda pluralidad de sustancias. Hay un estricto paralelismo entre los dos atributos conocidos, extensión y pensamiento, de la sustancia única: por tanto, entre la mente y las cosas corporales: *Ordo et connexio idearum idem est, ac ordo et connexio rerum* (Ethica, pars II, propositio VII). Y el hacer perder a la extensión y al pensamiento el carácter subsistente que aún tenían en Descartes, para reducirlos a meros atributos de la sustancia única, obliga a identificar ésta con Dios, por una parte, y con la naturaleza, por otra: *Deus sive natura*. En este momento surge el panteísmo de Espinosa. En su filosofía, apenas si se ocupa de otra cosa que de Dios; pero esto, que podría parecer una nueva teología, no es sino el estudio metafísico de la sustancia; y al mismo tiempo, la consideración racional de la naturaleza, entendida, al modo cartesiano, geométricamente.

En Espinosa se trata, pues, de algo muy distinto. Sólo me interesaba hacer ver que también en su sistema es menester asegurar la existencia de Dios. Y esto en un sentido quizá más extremado todavía, puesto que tiene que atribuir a la naturaleza misma, junto con el carácter sustancial, la divinidad. Ser no quiere ya decir en Espinosa ser creado por Dios, sino simplemente ser divino.

6. Encontramos en Leibniz el último momento metafísico de esta cuestión en la filosofía del XVII. Leibniz hace lo contrario que Espinosa: mientras éste reduce la sustancialidad a un ente único, naturaleza o Dios, Leibniz restituye a la sustancia el carácter de cosa individual que tuvo desde Aristóteles. Es, en cierto sentido, la vuelta a la interpretación del concepto de sustancia como *haber* o *bien* de una cosa, en lugar de cargar el acento en el momento de la *independencia* —como Descartes y, más aún, Espinosa—, que en la metafísica griega fué siempre una consecuencia del carácter sustancial en el otro sentido. La sustancia, decía Aristóteles, es lo propio de cada cosa. Frente a la dualidad cartesiana de la *res extensa* y la *res cogitans*, presididas por la *res infinita* que es Dios, Leibniz vuelve a una absoluta pluralidad de mónadas sustanciales, que encierran en sí, con todo rigor, la totalidad de sus posibilidades ontológicas. Y estas mónadas, simples, insustituíbles, no son capaces de comunicación real ninguna; la interacción es imposible entre ellas. Leibniz lo dice con una imagen plástica: las mónadas no tienen ventanas. El problema de esta imposible comunicación metafísica no es sólo, ya, el del conocimiento, sino, ante todo, el del orden mismo y la congruencia del mundo en su conjunto.

Planteado el problema en los términos en que lo hace Leibniz, no es posible explicar el acontecer del mundo más que partiendo del supuesto de que todo emerge del fondo individual de cada mónada. ¿Cómo sucede entonces que forman un mundo lleno de conexión, que es posible conocer las cosas, y que todo pasa en el mundo como si se diera esa quimérica comunicación de las sustancias, que es menester rechazar? Es forzoso admitir un orden establecido previamente a cada mónada, que hace que, al desenvolver solitariamente sus posibilidades, coincida con todas las restantes y se encuentren armónicamente, constituyendo un mundo, a pesar de su radical soledad e independencia. Y este orden sólo puede haberlo hecho Dios en sus designios, al crear sus mónadas, solas y reunidas a la vez. *Il faut donc dire que Dieu a créé d'abord l'âme, ou toute autre unité réelle, en sorte que tout lui naisse de son propre fonds, par une parfaite spontanéité à l'égard d'elle-même, et pourtant avec une parfaite conformité aux choses du dehors.* (*Système nouveau,* 14). Es lo que Leibniz llamó *armonía preestablecida.*

Si volvemos la atención al problema del conocimiento, encontramos que también aquí es Dios quien asegura la correspondencia de mis ideas con la realidad de las cosas, al hacer coincidir el desarrollo de mi mónada pensante con todo el Universo. Si en Malabranche todas las cosas se ven y se saben *en* Dios, en Leibniz, hablando con propiedad, sólo se saben *por* Dios. Leibniz expresa esto en términos clarísimos: *Dans la rigueur de la vérité métaphysique il n'y a point de cause externe qui agisse sur nous, excepté Dieu seul, et lui seul se communique à nous immédiatement en vertu de notre dépendance continuelle. D'où il s'ensuit qu'il n'y a point d'autre objet externe, qui touche notre âme et qui excite immédiatement notre perception. Aussi n'avons nous dans notre âme les idées de toutes choses, qu'en vertu de l'action continuelle de Dieu sur nous...* (*Discours de métaphysique,* 28). Lo cual quiere decir, dicho en otras palabras, que las mónadas tienen, en definitiva, ventanas, sólo que, en lugar de poner en comunicación unas mónadas con otras, están todas abiertas sobre la Divinidad.

Con lo cual encontramos una vez más, en la plenitud de la filosofía leibniziana, la necesidad de asegurar a Dios, supuesto fundamental de toda su metafísica, porque es quien hace posible el ser de las mónadas, entendido como esta autónoma y espontánea fuerza de representación, que espeja el Universo, desde la infinita pluralidad de su perspectiva. Necesita, pues, Leibniz probar en la filosofía la existencia de Dios, y para ello esgrime de nuevo, bien que modificado, el argumento ontológico, que viene a ser así un fundamento capital de toda la metafísica racionalista del siglo XVII. (Cf. *Discours de métaphysique,* 23, y *Monadologie,* 45).

7. Hemos visto cómo, a pesar del apartamiento de la teología, Dios no estaba perdido. Se puede fundar toda esta filosofía idealista y racionalista, desde Descartes hasta Leibniz, porque Dios está ahí, seguro aunque apartado. La razón no podrá conocer acaso la esencia divina, no podrá hacer teología, pero sí sabe con certeza que existe Dios. La situación del tiempo, insisto en ello, es la de tener a Dios un tanto lejano, un tanto inaccesible e inoperante en la actividad intelectual, pero sin embargo seguro. Se hace pie en él, aunque no sea tema en que se detengan con interés constante las miradas. Deja de ser el horizonte siempre vi-

sible para advertirse en el suelo intelectual de la mente europea del siglo XVII.

Esto es lo que da su unidad profunda al periodo de la historia de la filosofía que va de Descartes a Leibniz. Aparece este grupo de sistemas como envuelto por un aire común, que revela una filiación semejante. Se advierte una profunda coherencia entre todas estas construcciones filosóficas que se apiñan en esos cuantos decenios. Y estos sistemas filosóficos aparecen, juntos, como contrapuestos a otro grupo de altos edificios metafísicos: el llamado idealismo alemán, que arranca de Kant para culminar en Hegel. Desde la filosofía de la época romántica se dirige un reproche a la totalidad de la metafísica del tiempo barroco. En esta objeción aparecen reunidos en un conjunto esos sistemas, no distinguidos en su individualidad; nos interesa ver el sentido de esa calificación de conjunto. Se llama *dogmática* a esa filosofía. ¿Qué quiere decir esto?

En 1781 publica Kant la *Crítica de la Razón pura.* Hay allí un capítulo en que se demuestra la imposibilidad de una prueba ontológica de la existencia de Dios. La razón especulativa tiene que renunciar a la posesión intelectual de Dios, y no puede utilizarlo ya como fundamento. Con esto se altera en su raíz la metafísica. La anterior, el idealismo del siglo XVII, estaba fundada en ese supuesto; ahora es imposible. Al hacer la crítica del argumento ontológico, advierte Kant que el ser no es un predicado real: *Sein ist kein reales Prädikat.* Se empieza a interpretar desde entonces el ser en un sentido distinto, y frente al idealismo *dogmático* de que Kant, según su frase famosa, había despertado, se va a hacer un idealismo *trascendental.* Y entonces será menester entender el conocimiento de modo distinto, como un conocimiento trascendental también.

Con esto cambia la situación de Dios ante la mente, y todo el problema del ser, y con él la filosofía. Y este cambio, está determinado igualmente por el argumento ontológico, al cesar de considerarse como válido y demostrativo. Así se inicia la última etapa del idealismo, cortando el puente que había seguido manteniendo hasta entonces a Dios unido a la razón teórica, y se consuma el proceso metafísico que se inició al final de la Escolástica medieval. Sería interesante estudiar esta etapa

decisiva de la historia filosófica de la modernidad, en que Dios va a reaparecer de un modo original en la razón práctica, y de forma distinta en toda la metafísica postkantiana; pero esta cuestión excede del tema de estas páginas.

III

CONSECUENCIAS HISTORICAS

Lo que primero se piensa en la filosofía, acaba por tener consecuencias históricas. Se van generalizando las ideas, hasta convertirse poco a poco en una fuerza actuante incluso en las multitudes. Encontramos antes un ejemplo de esto en aquella frase de Descartes que recogía como algo sabido y obvio algunos resultados de la teología y la filosofía nominalistas. Esto ha ocurrido siempre, pero quizá más que nunca en la época de que aquí se trata. Todo el siglo XVIII, todo lo que llamamos la Ilustración ha sido este proceso de adquirir influjo y existencia social las ideas pensadas por los filósofos del siglo anterior. Y esto no es casualidad. Todos los tiempos viven, en cierta medida, de ideas; pero estas ideas no es forzoso que se muestren como tales, como teorías; precisamente suelen encontrar su fuerza en ocultarse bajo otras formas, por ejemplo, formas tradicionales. En el siglo XVIII, en cambio, importan las ideas justamente por ser ideas: se trata de vivir según esas ideas, según la *raison*. Por esto no tienen que revestirse de otra apariencia, y adquieren su máxima eficacia.

Con las ideas metafísicas que he intentado precisar en las páginas anteriores no ocurre cosa distinta. Van trascendiendo a círculos cada vez más extensos, y sobre ellos ejercen su influjo. Poco a poco, la vida y las ciencias se van informando por esos resultados a que la filosofía ha llegado antes. Así se va transformando el aspecto del mundo. Las raíces son anteriores y quedan ocultas; lo que se manifiesta es la alteración total de la superficie. Pero esta variación sólo acaba de compren-

derse bien en su unidad si se conocen los motivos subterráneos que están actuando. Esta modificación general del aspecto de la mente europea en los años finales del siglo XVII y el comienzo del XVIII, es lo que nos hace ver con tan ejemplar precisión y claridad, el libro de Paul Hazard a que antes aludí.

No quiero decir que la evolución del problema de Dios, que antes he considerado, sea la única causa intelectual de toda la variación de Europa en ese tiempo. Esto sería una exageración; pero sí es cierto que, todo un importantísimo grupo de esas variaciones consiste en el paso de una situación fundada en el Cristianismo, con la idea de Dios a la base de todas las ciencias, con un derecho divino y una moral religiosa, fundada en los dogmas y en la teología, a otra situación totalmente distinta, donde Dios queda sustituído por la razón humana y la naturaleza. Hazard se da bien cuenta de que estos hechos son los capitales en la crisis de la conciencia europea que ha estudiado; y a ellos apela desde el prólogo cuando quiere caracterizar el tránsito de una época a la otra, «Las nociones recibidas más comúnmente —escribe—, la del consentimiento universal que probaba a Dios, la de los milagros, se ponían en duda. Se relegaba lo divino a cielos desconocidos e impenetrables; el hombre, y el hombre solo, se convertía en la medida de todas las cosas; era por sí mismo su razón de ser y su fin». Y advierte que la polémica se libraba ante todo entre los que Pierre Bayle llamaba *rationaux* y los que calificaba de *religionnaires*.

Vemos cómo desde mucho antes del tiempo que considera Hazard, ya desde Descartes, estaba pensada la situación filosófica que había de determinar la etapa siguiente de la historia. Por esto, por tener sus raíces en un tiempo anterior, se escapa algunas veces la conexión de los diferentes momentos que actúan en la conciencia de Europa en esos años. Y la imprecisión que podamos encontrar en el contorno mismo de ese periodo, la oscilación de las fechas en que se encuadra, no puede sorprendernos, ya que se trata de la etapa de infiltración de ideas anteriores, que van penetrando y dominando el mundo, en pugna histórica con todas las resistencias.

Y hay una razón que acelera el triunfo y la extensión de esas ideas que prescinden de Dios y lo van desalojando de la ciencia y de los prin-

cipios. Es la primacía que en la modernidad se concede a lo negativo. En los siglos modernos, en efecto, se parte del supuesto de que es menester justificar lo positivo, y que lo negativo tiene, por lo pronto, validez. Así hay que esforzarse por demostrar la libertad frente al determinismo, la existencia del mundo exterior, la posibilidad del conocimiento. No me refiero a que no sea menester, efectivamente, probar esas cosas, sino a la tendencia, a la actitud de que se parte. Hazard cita unas palabras de Fontenelle —uno de los espíritus más peculiares e interesantes de este tiempo— que son altamente expresivas de esa propensión mental: *Le témoignage de ceux qui croient une chose établie n'a point de force pour l'appuyer; mais le témoignage de ceux qui ne la croient pas a de la force pour la détruire. Ceux qui croient peuvent n'être pas instruits des raisons de ne pas croire mais il ne se peut guère que ceux qui ne croient point, ne soient pas instruits des raisons de croire...*

Así, mediante esa primacía de lo negativo, va adquiriendo vigencia la progresiva secularización de las ciencias. Y esto nos explica que, así como antes no se dieron razones particulares en cada una para justificar el que tuviese su fundamento en la Divinidad, tampoco ahora se dan pruebas suficientes para explicar la exclusión de Dios en las disciplinas intelectuales. Con lo cual nuestro tiempo, con el imperativo de no partir de ninguna de las dos actitudes y de justificar las cosas, tendría que fallar sobre cuestión tan grave.

He intentado mostrar a qué *cielos desconocidos e impenetrables* se había relegado a Dios. Pero también vimos que, a pesar de todo, Dios permanecía seguro y firme en la filosofía de todos estos años. ¿Cómo se olvida esta dimensión, para no atender más que a la otra, que nos aparta de la Divinidad?

Decía antes que Dios deja de ser el horizonte de la mente para convertirse en su suelo. En efecto, no es ya lo divino objeto de la consideración y de la ciencia, sino sólo su supuesto. El hombre no va a Dios porque le interese él, sino que lo que le importa es el mundo. Dios es sólo la condición necesaria para reconquistarlo. Una vez seguro, Dios no importa ya. El hombre, de lo que menos se ocupa es del suelo; precisamente por ser firme y seguro, prescinde de él para atender a otras cosas; así el hombre moderno, olvidado de Dios, atiende a la naturaleza. En el

paso de la Edad Media a la Edad Moderna vemos un ejemplo máximo de esta dinámica histórica que convierte a veces en supuesto, con papel tan distinto, lo que antes era horizonte para el hombre.

Pero, sobre todo, hay otra razón mucho más decisiva. Este proceso a que hemos asistido brevemente no termina aquí. La metafísica de Descartes a Leibniz es sólo una primera etapa suya. Y hemos visto —por eso me interesaba lanzar siquiera una ojeada a la significación en este problema del idealismo alemán— que este movimiento acaba por perder totalmente a Dios en la razón especulativa, al declarar imposible la prueba ontológica. Por tanto, se está en marcha desde Ockam hasta el idealismo alemán en ese apartamiento de Dios, que se pierde para la razón teórica. Hasta Leibniz se está sólo a mitad del camino. Lo que es entonces ascendente, lo que tiene más pujanza, lo que se está haciendo, es alejar a Dios; el puente ontológico que nos une todavía con él es sólo un resto que define una etapa. Es lo que confiere su unidad *fundamental* a los años de mudanzas que hemos considerado, para hacer que, a pesar de su extremada complejidad, constituyan una etapa efectiva de la historia.

JULIAN MARIAS

Madrid, mayo de 1936.

POESIAS DE LA GUERRA

1

OTRA VEZ EN EL FRENTE DE CÓRDOBA

Mar de Valencia, desde el campo mío
te mando mi sonrisa
libre de la sirena
que aprisionó mis días
y como barcas tristes
los sujetó a tu orilla.
Otra vez mi horizonte
con su curva tranquila
y mis olivos claros y mis hombres
de sangre roja y de mirada limpia
Sobre el monte sentada
la sombra de mi vida
pacientemente inmóvil
y tan segura de que volvería
y la simple verdad de mis pobres soldados
bajo la tierra lívida.

Ventaja me llevais por el sendero
pero yo espero caminar de prisa.

2

MUTILADO DE GUERRA

—Mi juventud era de roca viva.
Mi sangre era de lumbre y de centella.
Mis pies iban ligeros por el mundo
como las horas por la primavera.
Y ahora soy un inválido...
Qué fatigosa cuesta,
qué interminable andar el de mi vida
con el vacío doble de mis piernas.

—Yo llevaba dos fuentes en mis ojos
que manaban color y formas bellas:
siluetas delicadas de mujeres
como corzas ligeras,
montañas de cristal,
ríos de claras venas
y árboles armoniosos
en las orillas de las alamedas.
Y ahora voy por mi noche impenetrable
con mis dos fuentes ciegas...

—Yo soy un mutilado.
Sobre mi frente quema
la palabra infamante: ¡mutilado!

No es voz de hoy ni es voz de ayer la que contesta
sino voz de mañana:

—Mutilado del pueblo, sobre tu herida seca
ponga sus labios la mujer del pueblo,
la mujer verdadera,

y que te inunde el corazón cansado
su roja sangre buena.
Que la rosa florezca en tu muñón
y la espiga del trigo en tus órbitas huecas;
y que el pecho del mundo se abra en flor
y ponga la dulzura de sus yemas,
la miel hecha rocío de su aliento
sobre tu herida seca,
mutilado,
mutilado de guerra.

3

ODA A ESPAÑA

Cada día va ahondándose, agrandándose,
la soledad de España.
Desde lo alto de mi monte miro,
derramo mis miradas melancólicas
por un mudo desierto.
Sobre mi frente el cielo se desliza impasible
y mi dolor, en medio, eternamente espera.
¡Ay mis días azules
por los que resbalé tan dulcemente,
y mis noches ardidas!
¡Ay mi tierra, mi pueblo, España mía!
Siento a los pies mi vida derribada
y un momento mi vida son mis ojos.

Un rumor allá abajo
mucho más a lo hondo que mi sangre
ha empezado a morder el aire quieto

y crece en oleadas
y se hace tan sonoro
que ya no siento el pulso de mi pecho
Brazos que no se extienden
ojos que no preguntan
concretos permanecen:
frentes aligeradas de tinieblas
pechos que no aceleran su latido.

Mi dolor va encorvándose
como una rama grávida de frutos
hasta llegar al suelo,
a la tierra caliente
donde hay otros dolores que lo esperan
más serenos, más duros,
más limpiamente secos.

¡A la tierra entrañable!
Poco a poco la vida
vuelve a coger el cauce de mis venas
y el mundo va poblándose de espigas.
Un resorte invisible dispara mi cintura
y aquí estoy, en mi tierra,
otra vez en mi tierra y para siempre.
Atrás siglos y siglos me empujan como olas...
Pero enfrente no hay nada: la muerte, y nada más
que la muerte. ¡Adelante!

PEDRO GARFIAS

EL TANQUE DE ITURRI

Los tres compañeros eran campesinos, de diferentes regiones. No habían visto un tanque antes de la guerra. Empezaron por la infantería y formaban una escuadra que llamaron de Los Copados, porque lo estuvieron en el repliegue del Este. Al jefe de la brigada le pidieron, después de Lérida, algunos hombres para los tanques. Se le pedía hombres seguros, nada más. Se desprendió de ellos de mala gana. La escuela los hizo tanquistas.

Muchos hombres se vuelven locos en los tanques. Nadie ha contado lo que es ir en un tanque en medio del fuego, respirando los gases, tirando sin cesar. Se requiere nervios bien atados y cabeza firme para ir en un tanque. Ellos los tenían. Eran fuertes, musculosos, con un andar de toro grande. Iturri era el conductor. Los otros dos tenían el pelo pajizo y una mirada fría y de frente.

Antes del Ebro le dieron el carro más potente de la unidad —un monstruoso nudo de hierro todavía por estrenar en ninguna batalla. Luego, coronadas Pandols y Caballs, cuando se hizo aquella breve calma, se contaban las hazañas de los Copados—. Sus nombres figuraban en canciones, galopando en su caballo de hierro detrás de los fascistas.

En la resistencia subían a las líneas con su carro. No había obstáculos que allanar, pero infundían ánimo y daban seguridad a la infantería. Metían el monstruo en profundidad y se estaban tirando con todo el fuego y la rapidez de su cañón y sus ametralladoras. Luego regresaban a su base por los vértices batidos, en medio del humo y el polvo, entre surtidores de espanto de la artillería, chamuscados y rebozados de pólvora. Entonces se echaban a respirar, boca arriba, mirando al cielo, viendo pasar a los aviones.

Pero a veces había también que atacar. Se resistía atacando. Aquella noche todos los tanques estaban en juego. Los Copados volvían a su base, después de diez horas de combate, cuando del sector de Corbera pidieron un carro. Ellos se ofrecieron voluntarios. Les vimos atravesar, de sobremañana, venta de Camposines sobre una tierra que parecía re-

ventar por todas sus grietas. Nadie más los vió por de pronto. Quizás hubiesen ido demasiado adelante, en busca de un adversario que avanzaba en hoz, por los flancos, cerrando la herradura en torno a una cota.

Los Copados lo estaban otra vez, pero el enemigo no los vió. Al saberse perdidos, Iturri lanzó el carro a una grieta de roca, entre la maleza, próxima a la carretera. Por esta pasaban las tanquetas italianas y los camiones de municiones. El tanque quedó de lado, enfilando el paso con su cañón. Pero les quedaban pocas municiones, y ninguna posibilidad de regresar a su base. Tendrían que cruzar la línea enemiga entre los antitanques. Alobras y Ortega salieron de exploración y regresaron con un silencio sombrío en el rostro. Iturri los miró también en silencio; no tenía nada que preguntarles: todo estaba escrito en sus ojos.

Los tres se sentaron junto al carro. Este empezaba a enfriarse. Al venir la noche los dos salieron de nuevo, a coger uvas. Iturri no se movió ni quiso comer. Sentado en el suelo, con la cabeza inclinada, miraba correr un hilo de agua que manaba de alguna fuente más arriba, y que traía filamentos de sangre. No recordaba cuantos días llevaban luchando, sin salir del tanque más que para dormir. Sus compañeros le oyeron decir, como si hablara consigo mismo: «millones de disparos; más que soldados tiene toda España».

Los rubios se cambiaron miradas temerosas. En algún sitio habían leído que los gases y estampidos de los tanques suelen volver locos a los hombres. Esta noción los puso de sobresalto. Empezaron a mirarse unos a otros, y a prestar atención a sus palabras. Iturri se portaba de un modo algo extraño. Era raro que, a diferencia de cuando habían estado copados en Balaguer, no se le ocurriera ninguna iniciativa para salir. No salía apenas de la cueva, comía las uvas mecánicamente, con la vista en blanco, como si mirara hacia dentro, con los ojos muy abiertos, a algún pensamiento sombrío.

La noche siguiente salieron de nuevo Ortega y Alobras a buscar comida. Llegaron hasta un depósito de intendencia y regresaron con un saco de lotes. Hacía luna, y venían siguiendo la sombra de los árboles, por el monte. Pasaban fuerzas de relevo y camiones de municiones por la carretera. Arriba, en las crestas se había hecho una calma momentánea. Alobras dijo: «Cuando vuelvan a atacar nos pasaremos, aprovechando la confusión; en tanto, es imposible». Se detuvieron en medio del camino. «Ortega miró a la frente amarilla de su compañero y dijo: «Oye, Iturri está un poco extraño, ¿verdad?» El otro asintió simplemente con la cabeza. Ninguno se atrevía a pronunciar la palabra locura, como si fuera una enfermedad terrible, una lepra, que todos llevaran dentro. No se atrevían siquiera a parar en ella el pensamiento. Sin embargo, la idea rondaba sus cerebros. Ortega recordaba ahora aquella

frase leída, en toda su extensión: «Se da un promedio bastante elevado de locura entre los tanquistas. Los gases...» Puede que lo hubiese leído en alguna revista científica que accidentalmente cayó en sus manos.

Quizás el único que no había leído nada de esto era Iturri. No sabía apenas leer. Los tanquistas se guardaban mucho de pronunciar esta frase entre sí. Sin embargo, a la cena dijo el conductor: «Qué será ahora de los otros camaradas. Uno de los carros no llevaba más que dos hombres. Al otro le dió un ataque de risa cuando iba a montar...»

Ortega y Alobras se volvieron de espaldas a él y se quedaron callados, sentados en el suelo, mirando a la luna. Todo a lo largo de la sierra se oían, continuadas, las explosiones de dinamita. El enemigo fortifica, pensaron. No piensa atacar por ahora. En este frente, está batido cada metro de terreno. Han traído aquí prisioneros de los campos de concentración y temen que se pasen. No podremos pasar mientras no empiece de nuevo el combate.

Habían abandonado el tanque. Dentro de él, Alobras era el jefe. Aquí todos eran iguales. Al principio no pelearon unos con otros. Ahora, tampoco, salvo que Iturri permanecía solitario y taciturno. Si una sola vez se había ofrecido a ir por comida. Todo parecía darle igual, y se pasaba horas sentado junto a aquel hilo de agua, que ya no traía sangre. Ortega parecía el más despierto, siempre moviéndose, explorando y trayendo alguna noticia. El era también el que traía siempre el agua, pues descubrió que la del manantial más próximo pasaba, arriba, por entre las costillas de un mulo podrido y al borde de unas tumbas. Las ramas que cubrían el tanque parecían haberse encariñado en él; Alobras dijo una noche:

—Debe de hacer mucho tiempo que estamos así; han nacido tallos de maíz en los discos y las enredaderas se meten como culebras por entre los panales.

Estaban en un breve raso, a pocos metros del tanque. La luna caía a plomo sobre sus cabezas desgreñadas. El mismo Iturri se volvió de sobresalto hacia su compañero y le miró con espanto a los ojos. Alobras tenía la vista fija en la línea parda del horizonte enemigo. Todo en derredor eran horizontes enemigos. El sargento hablaba a intervalos, con una voz sonámbula, la boca entreabierta sin mover apenas de los lados; la voz parecía salir un fondo hueco, como si alguien hablara dentro de él. Añadió:

—Con este calor todo crece y se agosta rápidamente, y las enredaderas se extienden como serpientes.

Ortega se levantó, sacudiéndose la cabeza. Iturri le siguió ahora algunos pasos. Se detuvieron y se miraron en silencio, sin atreverse nin-

guno de ellos a pronunciar el pensamiento que flotaba en sus cabezas. Por fin dijo Ortega:

—No hace tanto tiempo que estamos aquí. Una semana todo lo más. Quizás menos. ¿Recuerdas tú? (levanta la mirada hacia el cielo). La luna no ha disminuído nada. Está llena como el primer día.

Iturri asintió:

—No hace más de cuatro días. Pero estamos cerrados, como en el casco de un molino abandonado rodeado de...

No se atrevió a seguir. La palabra serpientes se había presentado de pronto a su imaginación. Ortega sacudió de nuevo la cabeza y comenzó a moverse nerviosamente. Iturri le seguía, con una persistencia extraña. Evidentemente no quería quedarse solo ahora. Es en la soledad donde nacen esos pensamientos desvariados. Sobre todo, no quería quedar solo con Alobras. Tropezaron con él, sentado en el mismo sitio, cuando pensaban alejarse. Ortega advirtió:

—Estamos atontados. No se puede andar así sin saber donde se está. Un día nos van a ver.

Alobras se mantuvo al sol durante todo el día siguiente. A la noche rompió de nuevo a hablar:

—He estado pensando. Esto no puede seguir así. Estamos perdiendo el tiempo miserablemente. Todos los demás están ya arriba. Vino el coronel y se metió en el blindado de Caimito, el negro. ¡Ja, ja! Corría como un galgo detrás de las liebres. ¡Já, já! Como liebres corrían las tanquetas italianas, y el coronel detrás de ellas con el blindado de Caimito... ¡Já, já!

Ortega e Iturri dieron un bote hacia atrás. Instintivamente, hicieron un movimiento simultáneo de defensa, como si la locura de su compañero fuera un enemigo que brotara súbitamente de alguna madriguera. Alobras giró en redondo, dando carcajadas y comenzó a correr por el sendero que asciende a la posición más cercana. Lo vieron subir, riendo y braceando, a saltos. Siguieron su sombra hasta perderse a la vuelta de un saliente de roca. Hasta las trincheras habría quince minutos de subida. Los dos esperaron, callados, sus venas a punto de estallar. La última carcajada de Alobras quedó resonando en sus oídos. Ninguno se movió. Ninguno oyó más nada.

—Se volvió loco — dijo Ortega al otro día—. Loco. Pero los locos hablan y tienen momentos de lucidez. Por él nos van a descubrir. ¿Qué hacemos?

Iturri volvió a caer en una especie de abatimiento, como trozo de roca desprendido, que se va hundiendo lentamente en la tierra. Contestó con un movimiento de hombros a su compañero y permaneció callado, mirando a la tierra. A la tarde, cuando Ortega volvió de su furtiva ex-

ploración diurna. Iturri le oyó decir, como si hablara con otro personaje: «No hay nada que hacer. Hay una guardia cada diez metros.» Y más tarde, mientras cenaban: «pudiera uno entregarse, pero yo no me fío. En Pandols vi yo como los moros remataban a los prisioneros».

Ortega tenía la mente despejada, pero ahora se hallaba demasiado solo. Iturri replicaba con monosílabos, y cuando se le hacía una pregunta se limitaba a un gesto de incertidumbre. Aquella noche y la siguiente volvió Ortega a explorar el terreno, acercándose más a las líneas. La calma parecía a punto de estallar otra vez. El enemigo allegaba material de retaguardia. Pero nadie podía saber cuanto tardaría en comenzar el combate. Por otro lado, urgía hacer algo. Ortega se topó varias veces con patrullas de exploración que batían en terreno. Pensaron que Alobras les habría dado alguna indicación; había que hacer algo.

Iturri dormía sólo a sorbos. Se echaba en el suelo, con la cabeza envuelta en su chaqueta de cuero. Despertaba, sobresaltado, miraba en derredor y volvía a echarse. Esta noche extrañó la ausencia de Ortega. Puede que fuese aun temprano. Sin embargo, la luna se había puesto, y se notaba un fresquecillo de madrugada. Se levantó y miró en los alrededores. Se asomó al tanque y trató de escudriñar en su oscuro interior. De nuevo volvió a su mente el recuerdo de Alobras, y las «enredaderas que se retorcían como serpientes por entre los panales del tanque». Desde luego, a él no le atormentaba la idea general respecto a la propensión de los tanquistas a la locura. Sólo había visto que Alobras se había vuelto loco, pero no supuso que fuese la causa el haber luchado mucho dentro de los tanques; podía haber cualquier otra causa.

Pero a Ortega no le podía haber pasado nada igual. Era el más despierto y de pensamiento más sano, quizás por ser el menos imaginativo. No había más qúe una explicación: había logrado pasar las líneas o le habían echado mano al pasar. Tal vez le hubiesen dado muerte. Se esforzó en recordar si había sentido algún disparo suelto durante la noche, pero la realidad exterior se confundía con la pesadilla. Tampoco de lo que soñaba recordaba nada, sólo sabía que le dejaba una pesadez y una amargura profundas. A veces tenía que dejar pasar un rato para darse exacta cuenta donde estaba.

Ortega no volvió. Iturri fué comiendo los pocos víveres que le había dejado. Debieron de pasar tres días. Al final, Iturri se aventuró a salir, de noche a un viñedo. Tropezó con una patrulla y echó vientre a tierra. Sintió que también otros venían a coger uvas, y permaneció así durante más de una hora. Cuando ya no sintió nada, halló, al incorporarse, que había perdido la noción de donde quedaba su escondrijo. No sabía si era al norte o al sur. Llevaba, por toda arma, un hacha pequeña a la cintura. Recordaba que para llegar al viñedo había invertido más de

media hora a buen paso. Pero ahora se encontraba en otra depresión del terreno, entre cotas que nadie parecía ocupar.

El día siguiente se lo pasó en medio de un zarzal. Un rumor serpenteante, entre las ramas le puso de sobresalto. Volvió a pensar en Alobras. Para sacudirse los pensamientos echó a andar vivamente, en la dirección que, no sabía por qué, le parecía ser la del tanque. Anochecía cuando llegó junto al costillar del mulo muerto, y respiró con la alegría del marinero de vela que siente tras una calma, soplar el viento. Se detuvo mirando al agua que corría al margen de unos montones de tierra, seguramente las tumbas de que había hablado Ortega. En ese momento apareció, por una vereda que salía de la espesura, una figura extraña. Iturri sacudió la cabeza, como para librarse de una pesadilla. El otro se detuvo algunos segundos y apretó el paso, derecho hacia él. ¡Era imposible creerlo! Era Alobras, con una cabeza de cerdo al hombro, cogida de una oreja, y un fusil con bayoneta calada en la mano. Desgreñado, con la barba crecida, tenía una expresión salvaje y terrible. Y marchaba hacia él, emitiendo unos sonidos de animal carnicero, la mayoneta horizontal a la altura de la cadera...

No tuvo tiempo Iturri más que de ladearse. La bayoneta pasó rozando su vientre, y Alobras fué a dar de cabeza contra el suelo. Pero se incorporó en seguida, soltando la cabeza de puerco y arremetiendo con furia contra su antiguo camarada. De nuevo Iturri esquivó el golpe, que el loco intentó repetir, con una furia creciente. Iturri se vió acorralado contra un gran pedrejón que asoma sobre el corte de roca. Echó, instintivamente, mano a su hacha. Alobras arremetió apuntando a su garganta. Iturri se agachó, y cuando el otro fué a dar contra la piedra, se dispuso a descargar el hacha sobre él. Pero ya no era necesario. La cabeza de Alobras chocó contra un cuchillo de pedernal, y todo su cuerpo fornido se desplomó sobre su arma.

Fué lo último que Iturri vió de él. Lo recordaba luego así, de bruces, con el fusil atravesado bajo el vientre, como un animal moribundo. Probablemente no estaba muerto. Iturri huyó espantado, y se metió en el tanque, como si buscara dentro de aquella coraza la protección contra los aires maléficos de fuera. Era la primera vez que entraba en su carro desde el copo. Allí no había nada, salvo los proyectiles en los panales, los discos en las máquinas, y los cascos de cuero de los tres. Examinó aquellos cascos reflexivamente, como si fueran vasos de unos cerebros que el tiempo había pulverizado.

Pensamientos extraños comenzaron a agitarse en su cabeza. Nunca los había tenido así. Le flotaban en la imaginación, le deshacían el sueño. En todo el día y en toda la noche no salió del tanque. Por la compuerta abarcaba una franja de terreno a lo largo de la carretera. Las manos se

le fueron por sí solas a las palancas de mando y, oprimiendo el botón de arranque, advirtió que el motor se ponía en marcha. Sintió alegría. Una alegría extraña, como si de golpe se hallara transportado a otra realidad. Desaparecieron de momento las elucubraciones de su cabeza; pero luego volvió a caer en una especie de hoyo profundo, mientras su cabeza flotaba demasiado arriba. Todavía pasó otra noche fuera del tanque; el recuerdo de Alobras volvió a atormentarle y sintió temor de mirar en la dirección en que lo había dejado.

Asomó de nuevo al tanque. El aire se había llenado, de sobre mañana, de una actividad intensa y rumorosa. Pasaban soldados de a pie azotando la carretera, y trepidaban motores en varias direcciones. Aquella actividad pareció sacarle a él también de su abatimiento. Entró de nuevo en el carro y puso el motor en marcha. Alguien se había acercado a su ruido. Se oían voces. Iturri dejó el motor en ralenti y escuchó. Entonces rió. Rió como Alobras había reído, con la misma carcajada, que ninguno de sus compañeros podía ahora oír.

—Salió como un proyectil — nos refirió el evadido—. Yo era de la patrulla. Sentimos el motor y nos extrañó. Luego calló el motor y oímos aquella carcajada. No hubo tiempo de más. Un minuto después lo vimos gatear hacia la carretera, roncando como un trimotor, y con un matraqueo como de mil cadenas de condenados. Los italianos venían entrando en la curva más próxima, cantando ópera. Venían como siempre, como si todo fuera llano ante ellos. El tanque les salió al encuentro al mismo borde de la curva y los abrió en dos partes; asimismo: como un arado que abre una tierra. Algunos no tuvieron tiempo de apartarse y la mole les pasó por encima. Yo me imagino a aquel loco dando carcajadas como la que habíamos oído, al tiempo que se abría paso entre los italianos. ¡No pueden ustedes figurarse lo que aquéllo fué! La confusión, el espanto...

Le seguimos — continuó el evadido—, a galope, pero ya se había perdido. Iba por lo menos a cincuenta por hora. Alguien debió de telefonear a la Comandancia, porque en el primer cruce de carretera había ya dos tanquetas que iban en su persecución. Pero nadie podía adivinar el rumbo que había tomado. No siguió por la carretera, desde luego. Se salió de ella y se disparó por la parte más escarpada de la cota. Nadie podía suponerlo, y todavía me pregunto yo como ha podido trepar por allí. Me lo imagino trepando, de forma completamente vertical, a punto de dar la vuelta de campana. El caso es que lo hizo y que llegó arriba, desde donde se descolgó hacia la base de las tanquetas. Digo que se descolgó porque no parece posible hacerlo de otro modo en tan poco tiempo.

El evadido se detuvo un instante, sonriendo, regodeándose en lo que iba a decir:

—Había allí' unas veinte de esas cucarachas italianas. Las tenían preparadas para lanzarlas al ataque al amanecer. Debían estar ya dentro los conductores, porque yo advertí que por el Este comenzaba a mudar el cielo de color. Me figuro a los macarronis dando gritos, como gallinero en el que se zambulle de golpe un gavilán. El monstruo irrumpió entre ellas como... como eso: un verdadero monstruo, lleno de furia y de ruido. Las veinte se abrieron como los infantes en la carretera, y el tanque siguió, me figuro que dando carcajadas. Las tanquetas se desparramaron por el campo, y algunas emprendieron la fuga carretera arriba. Cuando llegamos allí, no habían vuelto de su terror. Decían que los tanques rojos se habían metido hasta la base y que avanzaban en todas direcciones. Decían haber visto por lo menos treinta, grandes como casas.

El evadido rió:

—Esa gente es así, ¿comprenden? Todo lo agrandan y multiplican... Aquello fué, con todo, como un aviso de Dios. Fué el tanque de Iturri el que dió ese aviso. Si no, hubieran atacado fuerte aquella mañana. Yo me alegraré que un día recobre la razón; él podrá constarles a ustedes como subía por aquella pendiente, y como pudo traspasar las líneas, y llegar aquí a salvo... Si es que se acuerda...

LINO NOVAS CALVO

ANTE UN ABISMO DE CONFUSIONES...

Meses atrás hacía público nuestro Gobierno de Unión Nacional, por boca del Dr. Negrín, su presidente, el programa de fines de guerra conocido hoy en España y fuera de España por «los trece puntos». Con él recibíamos los españoles, acaso por vez primera en nuestra historia, un serio programa de gobernación y convivencia auténticamente democráticas. Y, con ser esto mucho, recibíamos algo más. Una amiga mía que es y sabe ser española con tanta pasión como inteligencia y lealtad, me decía, horas después de haber leído el Dr. Negrín su discurso ante el micrófono: «¡Es admirable! ¡Sentirse uno, al fin, representado cabalmente por el Gobierno; sentir que el Gobierno es *nuestro gobierno,* el de cada uno de nosotros!...»

De que somos muchos los españoles que podríamos hacer nuestras estas palabras y este sentimiento abundan manifiestamente las pruebas. No sólo del lado de acá de las trincheras, sino de la parte de España sometida a la invasión y a sus servidores. Para el observador más reacio al convencimiento, este coincidir de los españoles en un sentirse fielmente representados por su Gobierno es sobrado significativo. La coincidencia, por otra parte, no ha hecho más que afirmarse en los meses transcurridos desde la publicación de los «trece puntos». Tanto en España como fuera de ella. Y en España, por encima de las trincheras, por encima del invasor extranjero y de sus domésticos. Cada vez que ha tenido que definirse clara y terminantemente, con inequívoco sentido nacional, la posición de España, ha sido el Gobierno de la República, el Gobierno de Unión Nacional de los españoles, quien ha alzado la voz para fijar, en definición exacta, esa posición. En la memoria

de propios y extraños están los hechos que lo corroboran abundantemente.

Lo curioso del caso, lo que valdría la pena de ser meditado con más espacio, es que, al definir la posición del pueblo español, ya en las etapas de la lucha que sostiene por su independencia, ya en el cuadro general de la situación europea y mundial, resalta justamente un hecho a primera vista desconcertante. Quizá nunca en la medida que ahora nos hemos encontrado a nosotros mismos los españoles como tales españoles; nunca como ahora hemos sentido viva y honda la conciencia de la españolidad, de los valores que ella entraña, ni como ahora hemos tenido y exteriorizado la voluntad de su defensa. Pero, al mismo tiempo, acaso nunca como ahora hayamos sido tan conscientes de nuestro destino de europeos, de miembros de una comunidad de civilización y de cultura con rasgos bien definidos y deberes ineludibles que importa conservar y hay que cumplir a toda costa, so pena de incurrir en la peor de las traiciones.

Esa conciencia de lo que significan y a lo que obligan la común participación en el cuerpo de Europa y en los valores elaborados y acumulados a lo largo de su historia por el hombre europeo, padece hoy manifiesto y grave eclipse. En el mundo entero, pero ante todo en la dirección de aquellos países a que tradicionalmente venía asignándose como peculiar el calificativo de «europeos». El mundo anda dislocado; pero se diría que Europa ha perdido por modo especial el timón, abocada de mala manera al «abismo de confusiones» a que alude, en el comienzo de su «Declaración» del 14 de este octubre de 1938, el presidente del Gobierno legítimo de España, Dr. Negrín.

Ante ese «abismo de confusiones», es una vez más España, por medio de su Gobierno de Unión Nacional, quien habla. «Necesita hacer oír su voz (advierte el presidente de su Gobierno), no para comentar los acontecimientos». No para comentarlos, sino para marcar posiciones ante ellos. Marcar su posición propia, una vez más, y, una vez más, recordar, a los otros, la que les corresponde, en evitación de amenazas y deserciones; en evitación de que el abismo de confusiones envuelva y se trague a quienes por «prudencia pusilánime» ayudan a la obra de «la audacia temeraria». España, por boca de su gobierno, se afirma en su posición, en la aceptación fiel de su destino. De su destino nacional y europeo.

Fiel a uno y a otro, al mismo tiempo que defiende esforzadamente su independencia, se esfuerza por defender la paz de Europa, la paz del mundo; por reducir, desde los primeros momentos, «el conflicto español... a un conflicto entre españoles». No ha escatimado sacrificio para ello. Mientras, del lado de los rebeldes, la invasión aumentaba de volumen y en descaro, España, la España en lucha por la defensa de sus libertades y de su independencia, agotaba, sin soltar las armas en su suelo, los recursos del Derecho internacional, aviniéndose («con nuestra protesta de principio, siempre», recuerda oportunamente el Dr. Negrín) «a facilitar las gestiones del Comité de Londres», acudiendo a la Sociedad de Naciones, reiteradamente, para hacer valer sus derechos de Estado soberano, de nación independiente. Porque «no queríamos dar pretexto a que nuestra actitud se interpretara como el deseo de hallar en el caos de una guerra mundial la solución de nuestros problemas». Porque nuestros problemas, sólo nosotros —y nosotros solos—, nosotros los españoles, queremos y podemos resolverlos. Con el de la participación de combatientes extranjeros en nuestra lucha llevaba meses y meses sobre el tapete, dándole largas y más largas, el Comité del «esperpento ominoso que para escarnio se intitula farisaicamente pacto de No Intervención». Y en un momento en que «atravesaba Europa horas de angustia», en que parecía inminente la explosión que volase de una vez el polvorín, el Gobierno de Unión Nacional, el Gobierno legítimo de España, con sobria pulcritud, anunció espontáneamente en Ginebra su decisión de licenciar a todos los extranjeros que bajo sus banderas luchaban. Se trataba de verdaderos voluntarios, del puñado de hombres que quedaba todavía en España de los que a nuestra tierra acudieron, cuando más amenazada se hallaba nuestra independencia, a dar aquí su sangre y su vida por nuestra libertad y por la libertad del mundo en peligro. Esos hombres, muchos de ellos al precio de su existencia, con su generoso arrojo y su amor a nuestra patria todos ellos, se habían ganado con creces la nacionalidad española, en estos dos años de luchar denodadamente, en España, por España. Esto no lo olvidan ni pueden olvidarlo ni el pueblo de España ni su gobierno, que los consideran merecidamente españoles de honor. Pero al apartar de la lucha a estos voluntarios, a estos abnegados hermanos nuestros («incluso a los súbditos de los países que

no habían subscrito el pacto de No Intervención», haciendo «extensiva la medida a los que se hubieran naturalizado españoles con posterioridad al comienzo de la rebelión», y, en fin, pidiendo «a la Sociedad de Naciones que asumiera sin condicionamiento ni restricciones el control del cumplimiento de nuestra promesa»), el Gobierno y el pueblo de España quisieron con su gesto —para seguir empleando palabras del Dr. Negrín— «aligerar la atmósfera de tormenta», «contribuir a que nuestra lucha quedara convertida en conflicto interno y alejar complicaciones», de modo «que desapareciera el menor pretexto de privarnos de nuestros inalienables derechos de país soberano».

La posición —como la política que de ella se deriva— es de una claridad y una consecuencia formidables. España, firmemente dirigida por su gobierno, lucha por la paz; por amor a ella se esfuerza en circunscribir al ruedo ibérico el conflicto. Y por amor a la paz, y por dignidad, en reducirlo a conflicto puramente español, libre de toda ingerencia extranjera. Mientras no se logre lo uno y lo otro, seguirá la guerra. Y no por voluntad nuestra, sino por la fuerza de la realidad misma.

Las apelaciones de España han sido reiteradamente desoídas, desatendida una vez y otra la invocación al respeto debido a sus «inalienables derechos de país soberano». Pusilanimidad, candidez, complicidad («no se sabe, en ocasiones, dónde está la frontera entre la candidez y la complicidad»), han taponado los oídos, encogido los ánimos, paralizado las voluntades, mientras, por otra parte, se tramaban farsas y maniobras odiosas contra un pueblo libre y decidido a conservar su libertad por encima de todo. «Mediar ¿entre quiénes? —se pregunta en su declaración el presidente del Gobierno de España—. ¿Entre nosotros y los invasores? *Es lo que venimos reclamando, conforme a nuestro derecho, desde hace más de dos años. Y es lo que los obligados no se han atrevido a hacer.* ¿O lo que se pretende es una mediación entre los rebeldes y nosotros? Eso sería una mediatización, no una mediación. Y España no es un país de capitulaciones».

Insisto deliberadamente en las citas textuales. Creo que pocas palabras más nobles, más henchidas de austero sentido nacional, se han pronunciado del comienzo de la guerra acá. Un sentido tan noble y austeramente nacional, que hasta por encima de la discordia civil sabe alzar-

se: «También la han rechazado (sigue refiriéndose a la mediación) los facciosos. No son libres, *pero aunque lo fueran no podrían menos.* Quien pretende llamarse gobernante no adoptará jamás otra actitud. Si lo hiciera, el pueblo le arrastraría y la posteridad le cubriría de oprobio». Y esta noble capacidad de alzarse por encima de la discordia misma, de anteponer España a todo, es igualmente la que lleva a nuestro Gobierno Nacional y a su presidente a concretar el sentir del pueblo de España ante la pretensión de «estabilizar los frentes y tejer unas fronteras de artificio entre la zona rebelde y la leal», en estas magníficas palabras: «Oigase bien, sabemos que el triunfo faccioso significa nuestro total exterminio. Pues bien, *antes que la parcelación de España, nuestro exterminio*».

¡España, España! El sentido de España, de su verdadera grandeza, de su dignidad, ocurre preguntar, ¿de qué lado están? Con los ojos y el corazón puestos en España, en una España realmente libre, pacífica y fecunda, resume el Gobierno nacional los propósitos que en la lucha persigue para cuando los españoles hayamos ganado la paz, nuestra paz, no la que desde fuera pretenda imponérsenos: «Queremos asegurar la independencia de España y la libertad de los españoles. Queremos garantizar las libertades regionales de España. Queremos que la fisonomía jurídica del Estado español, dentro de normas de tolerancia, libertad y garantías individuales, la marque el propio pueblo español mediante un plebiscito. Aseguramos, al terminar la guerra, una plena amnistía. Propugnamos un Gobierno fuerte y firme de origen democrático que actúe conforme a los dictados de la soberanía nacional». Esta es la política de paz hacia la que, desde su puesto de mando en la guerra, endereza sus esfuerzos constructivos nuestro Gobierno de genuina Unión Nacional; un Gobierno —conviene no olvidarlo; conviene que no se olvide fuera de aquí, sobre todo, porque aquí lo sabemos ya, tanto los que al lado del Gobierno de España, en las filas de su pueblo, venimos luchando, cada cual a su modo, en su puesto y en la medida de sus fuerzas, como los que padecen opresión, del otro lado de las trincheras enemigas—, un Gobierno «que ha sabido restablecer el orden, crear un Ejército, y reconstruir una administración, unificar un pueblo, defender su territorio, y que ha sido, desde hace muchas generaciones, el primer Gobierno de

autoridad que ha acertado a conjugar su firmeza con los designios del pueblo».

Son palabras del jefe mismo de ese Gobierno. Da igual. Cualquier español amante de la verdad y de España, podría, con estricta justicia, suscribirlas. «España, con nuestra vitalidad, está resurgiendo fuerte y unida en un ideal común a todos los españoles», se dice al final de la misma declaración. Porque los españoles sabemos esto, porque sabemos que el camino de nuestro resurgir nacional va justamente en la dirección que marcan las palabras del Dr. Negrín, confirmadas un día y otro por la obra del Gobierno que él preside, el pueblo de España se siente, *por primera vez desde hace muchas generaciones,* cabalmente representado por ese Gobierno, seguro de que bajo su dirección «tenemos que triunfar y triunfaremos». Y de que nuestro triunfo no significa el aplastamiento, la represalia banderiza, sino que «se cimenta en la reconciliación con el hasta hoy enemigo», «reconciliación que sólo puede hacerse sobre la base de una colaboración con vistas a la reconstrucción y renacimiento de España». Como sabe también que ese resurgir de la vitalidad de España, su afirmación nacional, significan todo lo contrario de la reclusión en un patrioterismo delirante, agresivo, megalómano, o su expansión frenética, de fronteras afuera; significan, justamente, la afirmación de la propia personalidad dentro de una amplia convivencia internacional, hecha de respeto a la paz, al derecho ajeno, de creadora y esforzada fe en el porvenir humano.

Q. P.

HISTORIA DE FAMILIA

NOTA A MEDIA NOVELA

Ya hace algún tiempo que están saliendo los cantores de Madrid, los poetas de la "capital de la gloria". Empieza a estar cantada de frente, de perfil, por os cuatro costados. Como corresponde a la ciudad del mundo democrático, engalanada de pronto con los más enhiestos banderines de heroísmo que ha tenido Europa.

Sánchez Barbudo la canta ahora por dentro, en su novela "Sueños de grandeza", de la que sólo ha aparecido la mitad aproximadamente en el número pasado de "Hora de España". Intenta poetizar un aire romántico visto por los agujeros de los obuses. Va haciéndolo y a veces llega a lograrlo, aunque sólo sea por unos momentos, en esta media novela.

Se vé su esfuerzo, su noble esfuerzo de buen escritor joven. Sin duda, Sánchez Barbudo llevaba dentro toda esa suave y pintoresca poesía del Madrid de cúpula herreriana y alto aire azul. Había pensado, más de una vez, dejarlo estampado en sus cuidadosas cuartillas de espectador de ojos dulces. Pero llegó la guerra antes de lograrlo. Las primeras convulsiones le separaron de su buen intento, revolviéndole como a todos. Poniendo en fuga su sueño de imágenes ni más ni menos que las palomas levantaron el vuelo a los primeros cañonazos.

Sin embargo, a la primera ocasión se ha puesto a realizarlo. En un momento sensacional: cuando caen los obuses de los invasores sobre las calles más quietas. Y lo ha grabado con todo vaivén de guerra alrededor, aunque su honda sensación anterior le haga entregarse a ella con demasiada complacencia.

Esto es lo que se vé en la primera mitad de su novela: la lucha del hombre contemplativo, del poeta escritor, con la emoción que llevaba dentro y la que ahora le rodea.

"Sueños de grandeza" es una novela de poeta. Detenida, demasiado lenta. Pero de buena calidad literaria siempre.

Sánchez Barbudo se entrega a desmenuzar sus recuerdos con mucha complacencia. Su evocación es también un producto —gratamente poético— de la vida asombrosamente nueva de Madrid. Cuando un miliciano, Arturo, vuelve a Madrid, después de las jornadas primeras por el paisaje encalado de Montoro, El Carpio y Cerro Muriano, se han reanudado las tertulias y han salido de nuevo los coches de punto. Madrid vive su extraordinaria normalidad bajo la guerra.

Pero Arturo trae demasiados pasos soñadores, demasiada carga de meditación poética dentro para parar mucho en ello. Atraviesa por sus calles de guerra y queda momentáneamente admirado. Con muy buena admiración de buen contemplador. Mas en seguida se zambulle en el paisaje de daguerreotipo de sus tías. Aire tremendo de familia española. Y sólo al final de esta media

novela, después que toda la familia ha pasado por su cabeza, se dispone a salir a la calle. Acaso más adelante nos cuente sus nuevas sensaciones. Pero quizá no, porque el intento del autor queda estampado en la cursiva que encabeza su novela. El "curioso observar los viejos tipos y añejas costumbres" entre "las nuevas siluetas y colores" que sacuden el aire más arrinconado de la ciudad.

Si es así, la novela tiene otro achaque: el de su excesiva nostalgia. Sánchez Barbudo es joven. Su novela, no. Aunque sea bella literariamente, resulta demasiado lenta para nuestra letra de ahora. Para lo que es y lo que debe de ser. No quiere decir esto que no pueda evocarse desde nuestro momento. Cientos, miles de vocaciones vuelan por el aire nuevo en busca de cazador. Pero ante ellas salta un peligro: el de entusiasmarse demasiado con lo que sólo puede producirnos contraste. El de plantarse ante ellas con el aire del arqueólogo poeta cuando lo que buscan es el poeta cronista.

Con todo, "Sueños de grandeza" ha de ser novela ciertamente grata, gustosamente literaria. Aun cuando tengamos que dejar de leerla en muchos ratos, que abandonar nuestra atención de ella para atender al aire veloz que pasa por nuestras calles.

EDUARDO DE ONTAÑON

UN LIBRO MEJICANO
SOBRE ESPAÑA

Entre los escritores mejicanos —y no creo excederme en la apreciación si digo que entre los americanos en general— venidos a España en los últimos cinco lustros, difícilmente podría señalarse un espíritu más despierto y comprensivo, una sensibilidad más fina y equilibrada que los de Alfonso Reyes. Hombre de mucha y apurada sabiduría en multitud de cosas, y en sinfín de ellas curioso de lo nuevo y de lo viejo, armoniza y sabe compadecer sabiduría y curiosidad, claro juicio e inteligente sensibilidad cazadora de matices y revueltas, con una gracia y una elegancia y señorío muy mejicanos y, como todo lo que es cabalmente de una tierra y de un pueblo, muy universales.

Todo ello es verdad palmaria —y, sobre palmaria, vieja— para quien conozca las obras de Alfonso Reyes o haya tenido conocimiento de alguna de ellas siquiera. Más lo es aún para quienes han podido completar ese conocimiento con el trato personal de este mejicano de pro, amigo verdadero de España. Son muchos aquí los que le recuerdan y tienen presente en el afecto y la estimación, sintiéndole no ya como un amigo que vino de fuera, sino como uno de los nuestros que ahora pisa otras tierras y ve otros cielos, pero que lleva consigo una prolongación de nuestra tierra y nuestro cielo mismos. No olvidemos que aquí, en España, ha vivido Alfonso Reyes diez años de su vida — los más fructíferos y hondos, acaso, en vida de hombre: por los alrededores de los treinta a los cuarenta. Fruto de esos años, vividos no "en España", sino rigurosamente "dentro de España", han sido —aparte de otros múltiples trabajos de varia y siempre noble índole— varias series de notas sobre nuestro país, publicadas anteriormente en edición de tirada restringida, o en periódicos y revistas, y alguna inédita hasta ahora. El autor las recoge y saca a luz hoy en un volumen, con el título común "Los vísperas de España", en las Ediciones Sur, de Buenos Aires.

Alfonso Reyes, editor y bibliógrafo cuidadoso, se encarga de informarnos cumplidamente en la noticia de que hace preceder su obra. "El material de este libro —precisa— pertenece a una época anterior a la guerra española, época que abarca más o menos mis diez años de Madrid, desde 1914 hasta 1924; desde los comienzos de la guerra europea hasta los comienzos de la dictadura militar; periodo que podría dssignarse, con el título de un libro de Luis Araquistain, "*entre la guerra y la revolución*". Es hoy, con una perspectiva de veinticuatro a catorce años a nuestra espalda y dos años largos de guerra encima, cuando podemos considerar ya bajo especie histórica ese período, no sólo de nuestra historia naciona, sino de la historia íntima de nuestra propia vida de españoles. Alfonso Reyes ha vivido esos diez años, ya queda dicho, *desde dentro,* pero, a la vez, con el enfoque

y los ojos privilegiados del que viene de fuera — del que viene de fuera con ciertos prejuicios, inclusive; que también los prejuicios ayudan a la comprensión de una realidad, cuando se les echa a reñir con ella, a medir con las de esa realidad sus fuerzas. Por lo demás, ni aun es éste el caso de Alfonso Reyes, demasiado enterado siempre, y más tratándose de cosas de España, para acercarse a nada con antiparras. Al llegar aquí *se sabía ya* sobradamente a España — a través de sus letras, de su arte, de su pensamiento, de su historia, de su tradición viva. Acá vivió entre los escritores, entre los universitarios, entre los periodistas. Y en la misma medida y con mayor voluntad de entrega aún, vivió nuestro paisaje, corrió nuestras tierras, vió, oyó, sintió y quiso a nuestro pueblo. Oyéndole las palpitaciones y teniéndole amor ha seguido y sigue al cabo de catorce años de separación. Libros posteriores han dado y dan buen testimonio de ello.

Este que ahora llega a nuestras manos agrupa —son palabras del autor— "estampas, memorias y viajes más o menos". Digamos, ante todo, que es de inapreciable valor para el futuro historiador de la sensibilidad española en ese ayer nuestro a la vez tan cercano y tan recortado y definido ya. Para el que pudiéramos llamar "lector sin segundas intenciones", para el mero gozador de buenas lecturas, ofrece, en su sarta de notas y apuntes, sutilezas y primores nada comunes, y una prosa de un garbo, de una soltura y limpieza a que no nos tienen muy acostumbrados los prosadores de América —ni tampoco los de por acá—; una prosa que es lo que primera y capitalmente debe ser la prosa: es decir, un instrumento de precisión, pero de tal grado, que se interponga apenas entre aquello que expresa y nosotros, como un cristal límpido entre nuestro ojo y las cosas. Casi hay que proceder por abstracción para percatarse de su presencia; una vez parada en él la atención, caemos, maravillados, en la cuenta de su limpieza, de su calidad excepcional, y de cómo contribuye a enriquecer el espectáculo mismo a través suyo contemplado. Pero es menester *que no se note*. El ideal de la prosa está ahí, justamente en el polo opuesto, por ende, de la prosa académica. Y ahí, antípoda de la prosa académica, está la prosa excelente de Alfonso Reyes, en la que hasta el giro familiar, hasta el aparente descuido en la expresión —¡tan expresivo!—, hasta lo que el purista de chicha y nabo tacharía de "incorrección", se dan —cuando se dan— obedeciendo a severa necesidad íntima, a su tiempo y con su tono justos, sabia y, por lo mismo, *naturalmente* encajados.

¿Qué nos acerca, qué nos sirve la prosa de Alfonso Reyes en este libro suyo sobre "Las vísperas de España"? No han de inducirnos a fácil error los títulos de las diferentes secciones del libro ("Cartones de Madrid", "En el ventanillo de Toledo", "Horas de Burgos"...). Cuando el autor, con verdadera técnica de "cartón" para tapicería, nos resume sus vagabundeos y fantasías sobre el mapa madrileño —Madrid, "mapa de ambas Castillas"—, o caza y exprime para nosotros que le leemos tal o cual rincón, escena o diálogo que le han salido al paso en Burgos, en Toledo, en tierras del Norte, de nada está tan lejos y libre de contagio como del ánimo y el modo costumbrista. Lo que le interesa —y lo que nos interesa de su logrado afán— no es la nota local, no es lo pintoresco, sino rasgos vivos, permanentes, de España, de sus hombres, de sus paisajes. (En este respecto —y no sólo en éste— habría que poner las páginas de Alfonso Reyes par a par con algunas de las mejores que *Azorín* haya escrito en sus mejores tiempos; páginas, en uno y otro autor, en que se apiñan microscópicos descubrimientos esenciales en el campo de lo español, de la tierra, de las ciudades, del cielo y el aire y la leyenda y la realidad cotidiana del hombre de España.)

En esa cacería sentimental y sensitiva por el corazón de España y sus aledaños, tropieza Reyes, pared por medio con esos rasgos permanentes de España —a veces, bajo un mismo techo, en una misma luz y como fundidos en un ser mismo—, con los rabos por desollar —que diría el maestro Juan de Mairena— de una España inmediatamente anterior, rezagada, pero que "se asoma ya" a las vísperas de nuestra España nueva. El autor, naturalmente, no está "a levantar acta". No es cuestión solamente de preferencias en el procedimiento o en la elección. Hay deberes de discreción que se imponen al viajero leal, que viene "a ver nada más". Pero hay veces en que la indiscreta es la realidad misma. Alfonso Reyes nos está contando de ciudades y campos, de ciudadanos y campesinos de España. Y de pronto se le entromete una fecha —agosto de 1917—, y, detrás de esa fecha, como detrás de una barricada, el encresparse de una realidad bravía. Agosto de 1917; la huelga revolucionaria... Tampoco aquí va a levantar acta nuestro escritor. Se propone, simplemente, un "ensayo de miniatura", en el que baraja la habilidad del miniaturista y los recursos del moderno hombre de "cine". El autor se apresura a disculparse desde las primeras líneas: "Le he quitado a un hombre el corazón. Como se mutilan ranas para descubrir los verdaderos oficios de los nervios, le he quitado a un hombre el corazón, y he puesto a mi hombre a contemplar una huelga desde una ventana.

"De paso, me parece que el sujeto perdió en fuerza de comprensión. El don de referir los efectos a sus causas resulta un tanto obliterado.

"Pero, sobre todo, advertí con encanto que, cuando dejó de sentir con el alma, *todavía sentía con los ojos*".

El subrayado lo ponemos nosotros. Permítasenos, "de paso", oponer serios reparos a las palabras de Alfonso Reyes. No; su sujeto, el sujeto de su experiencia, no pierde en fuerza de comprensión, ni deja de sentir con el alma por sentir con los sentidos. Antes al revés. Con los sentidos, y con un sexto sentido *que preside y depura y combina sus testimonios* —la inteligencia sensible de que al comienzo de esta nota hablábamos— está sentida y expresada en todo el libro nuestra eterna España "en vísperas". Quisiéramos que la lección aprovechase a los escritores de hoy, aplicados a expresar la España que hoy vivimos. (Hablamos de los de hoy, forzosos tanteadores; a los de mañana no habrá que aconsejarles. Ellos serán los que con mano segura den forma estética a esta España de hoy. Es el milagro de siempre). En la que lo primero es vivirla, sentirla por todos los sentidos, con todos los sentidos, con todas las potencias, y, sobre todo, "con los ojos". El arte, después de todo, no es más —recordemos la definición goethiana— que un ver por vez primera las cosas, la realidad misma que al ojo de visión superficial, necesariamente deformada, le parece "demasiado vista".

Pero con esto saltamos ya del lado de acá de las "vísperas de España", y de las primorosas páginas con que, bajo este título, envía Alfonso Reyes a sus hermanos de la España de hoy la reiteración de su honda amistad a la España de siempre...

JOSE M.ª QUIROGA PLA

ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO

SUEÑOS DE GRANDEZA

(NOVELA)



1938

—En Madrid, contaba Manuel, sólo queda mi vieja madre y Pilarcilla, mi hija, pues yo soy viudo—. Arturo sintió no conocer a Pilar y no poder por tanto admirar los «ojazos» que tanto elogiara el padre, con la reserva prudente de Serafín. Según dijo la vieja, Pilar trabajaba mucho confeccionando ropas «para los pobrecitos soldados que luchaban en el monte».

Ahora Arturo desandaba en parte el camino andado y vagaba, al parecer sin rumbo fijo, por algunas estrechas calles próximas a la Plaza de la Cebada.

¿Dónde iba Arturo? El mismo no lo sabía a ciencia cierta, o más exactamente prefería no preguntárselo. Iba abstraído dejando correr su pensamiento hacia un año atrás. Sentía un nudo en la garganta y apretaba el paso con firmeza. Nadie le miraba. Y las casas están siempre indiferentes, ajenas a lo que pasa en el alma de cada ser particular. ya comenzaba a marchar más despacio y sentía el corazón que comenzaba a latir con fuerza. Estaba ya casi en el lugar, ahora frío y desierto, que un año o año y medio antes parecía contener la armonía prodigiosa de la vida. La vida que de un modo natural, indiferente, encierra la belleza de las flores y la magnífica sorpresa del amor. Hacía meses que no había visto ese rincón que en otro tiempo contemplaba ávida o descuidadamente, cuando la ilusión estaba allí para él. Las paredes eran ya sólo paredes en las que si acaso por azar parecía prender su viejo cariño. Podría afirmar que esa esquina, que guardaba todo el secreto de su antiguo y perdido amor, esa sucia pared, le miraba despiadadamente. Es extraño saber —pensaba Arturo— que él mismo había pasado por allí riendo, satisfecho de vivir, ajeno como la mayoría de los españoles, a la tragedia magna que iba a tener lugar poco tiempo después en España, y en esa misma calle, en esa misma esquina.

Sólo cautelosamente podía ya avanzar unos pasos más, si no quería exponerse a ser visto. En el balcón no había nadie. Pasó a la acera de en frente y desde allí pudo contemplar con detenimiento ese piso que para él, en otro tiempo, por ser la morada de ella, no era un piso como los demás. La casa parecía estar desierta. El corazón le iba a saltar. Tal vez ella saliese en ese instante. Pero pronto le entró la certitud de que la casa estaba deshabitada y sintió que, lo mismo que se escapa un sudor

frío, se iba el temor y le llenaba un hondo desconsuelo, una sensación angustiosa de infinito vacío. Ella no estaba, no. Y, ¿dónde podría estar? ¿Sonreiría aún como antes? ¿Lloraría aún lo ocurrido? ¿O tal vez pasease con otro, distraída, como si aquellas palabras y aquellos besos hubiesen sido mentira? Mas —se decía Arturo— ¿puede pasar, puede olvidarse acaso lo que es verdadero, lo que con su grandeza traspasó un día el cielo? Hay algo en el amor, si es este firme, que no engaña nunca, que no se desmiente jamás. Porque la estupidez o la maldad puede crear una valla entre dos seres que se aman y esta valla puede convertirse en lejanía o en abismo y puede perderse todo, hata la ilusión de volver a querer, pero el recuerdo queda ahí y lo que ese recuerdo evoca, las verdades que levanta, son auténticas y no pasan nunca. Pueden engañarme sus actos —decía nuestro miliciano exaltado, casi en voz alta—, pero si ella volviese y me mirara, sus ojos no podrían engañarme nunca.

Permaneció un rato más aun indeciso. Luego se acercó a la portería de la casa con aire resuelto. Pero la desgreñada araña, saliendo de su cubil, le contestó que no sabía nada de la señorita. ¡Bah, se dijo, no vale la pena insistir, tampoco habría de buscarla! ¿No había, además, renunciado ya a ese cariño? No sabía que mal hado le arrastró hacia allí. No esperaba nada, no quería encontrarla, en verdad sólo había tratado, arriesgadamente, de jugar con sus viejos recuerdos, con sus dormidas emociones. Pero ahora era mejor, pues no había lugar a opción. La guerra se la había tragado. Y de esta manera si la encontraba después, años más tarde... pero avergonzado Arturo de sus pensamientos claudicantes se dispuso ya a abandonar ese lugar tan frecuentado por él en otro tiempo.

En la inmediata esquina aun se detuvo un momento para contemplar la calle, de sosegado encanto, por la que tantas mañanas primaverales la había visto venir, saliendo de su puerta risueña y azorada. Reconocía ahora la verja mohosa en la cual otras tardes se había apoyado esperando impaciente el milagro de la aparición

Era una típica calle de los barrios populares de Madrid, pero algo más ancha y más limpia y con casas de mejor aspecto que las callejuelas inmediatas, atiborradas por las mañanas de puestos de verduras.

Vivían allí especialmente familias de la clase media, que si bien por un lado tenían el orgullo de pertenecer al barrio castizo y dormir «al lado de la Virgen de la Paloma» se esforzaban en otras ocasiones en señalar con su extremada finura que sólo accidentalmente vivían próximos a esas vecinas furiosas y a esas chulas desvergonzadas, que podían verse no muy lejos, pues ellos en realidad eran de otra clase y su calle —decían— era como un trozo del Madrid nuevo, introducido allí probando que el mundo avanza y que todo camina lentamente hacia las amplias rutas del progreso. Las hijas de los funcionarios que allí vivían, con amistades en sitios más céntricos de la capital, procuraban siempre ocultar el emplazamiento exacto de su morada, eludiendo sobre todo el decir que vivían próximas a la Plaza de la Cebada, ya que como es sabido este nombre evoca en los madrileños la imagen de la violencia soez y la picardía propia de las gentes «que tienen poco que perder». Pero otras veces vivir ahí, como decíamos, era un motivo de vanidad que las muchachas explotaban para hacer más ricos y más nuevos los juegos de la coquetería, Arturo recordaba haber visto salir de esas casas orgullosas y risueñas, con un matiz de humor, a algunas lindas mujeres que vivían por allí, luciendo la mantilla típica en días señalados

Un niño empeñado en mostrar a Arturo, de un modo callado, sus habilidades con el patinete, que rodaba fácilmente por el asfalto, estuvo a punto de chocar con él. Arturo abandonó entonces sus meditaciones y recuerdos y ya iba a partir definitivamente, cuando sintió de nuevo hacerse presentes sus enterradas impresiones.

III

Es inexpresable el valor de la sorpresa, la angustia que nos produce aquello que al surgir inesperadamente no podemos apresar ni ordenar siquiera en nuestro cerebro. El sentimiento percibe ya una situación nueva, que transcurre, que sentimos vivir indeciblemente, y no tenemos aun tiempo al cual referir esta impresión ni doblez que nos sirva para el análisis. Nos encontramos de pronto ante la verdad desnuda, ante la rea-

lidad magnfica y nos quedamos deslumbrados. Luego viene la muerte, el hábito, el recuerdo, y decimos como fué aquello, como sucedió lo que nos ha sucedido. Pero bien sabemos que no fué así. La vida no puede encerrarse en conceptos y nuestro cerebro se esfuerza siempre en referir a un plano, en pasar a una hoja, las trágicas o las amables sorpresas que la vida nos proporciona. Nunca podremos decir como es una cosa y menos cómo es un sentimiento, nunca podremos agotar con una palabra la exacta belleza; sólo la palabra divina, sonámbula podrá engañarnos. Y este será siempre el secreto de la poesía. Construímos con ella un falso adorno para encerrar un lamento, pero luego es preciso que sepamos leer, que el fuego de nuestro amor, nuestra alma desnuda y en vuelo, que conoce la verdad, sepa romper los inútiles ropajes e intuir allí dentro la verdad purísima que quiso apresar el poeta.

No cabía duda, la que Arturo seguía era Luisa, la vecinita, la amiga de su antigua novia. Un magnífico poema haría falta para expresar como Arturo vió a Luisa y sintió que era ella, y sintió su amor, antes de saber que era ella, antes de pensar que ese amor estaba ya olvidado.

No se decidió a abordarla y se dispuso a seguir sus pasos disimuladamente. La veía ahora marchar por la Cava Baja en dirección al centro de Madrid. Parecíale a Arturo sobremanera estrambótico el rápido caminar de esta muchacha, su indumento y sus piernas tostadas. Recordaba que otras veces cuando, yendo en compañía de su antigua novia, cruzó algunas palabras con Luisa había pensado que esta mujer, de aspecto vulgar, era verdaderamente misteriosa; y observando los adornos de su traje podia deducirse que era una mujer inadaptada. Era ridícula en su pretensión de ser una chica *bien*. En ella pensaba antes Arturo, sin saberlo, cuando recordó que algunas muchachas que vivían en esa calle procuraban ocultar la situación de su domicilio.

«No puede negar que es de este barrio» —le había dicho su novia a Arturo un día, cuando vió que Luisa se alejaba después de haber presumido con su amiga de tener amistades que la trataban de igual a igual, a pesar de poder disfrutar de un coche. Pero lo curioso era que Arturo, que seguía ahora a Luisa incansablemente, a unos treinta metros de distancia, a pesar de que no apartaba la vista de los hermosos hombros de la muchacha y de que la aislaba siempre de las personas que se cruzaban

con ella, observaba que esa peculiaridad en el andar o en el vestir propio de las jóvenes que como Luisa «eran del barrio», y que era algo inexpresable pero que Arturo también vió otras veces, ahora mientras ella andaba, iba esfumándose. Se borraba lo que era esencial en Luisa, y pese a los esfuerzos que hacía Arturo para evitarlo, a pesar de fijarse en los cuadros color granate de su vestido «estampado», se convertía la amiga de su novia en una muchacha vulgar, perdida en el hormiguero de Madrid donde había tantas otras muchachas semejantes. Arturo asistía inquieto a esta transformación viendo como ella, a medida que avanzaba hacia las calles más elegantes, aunque él la conocía bien, podía confundirse con otras mujeres y en suma perdía su personalidad. Tentado estaba de acercarse y hablarle para ver si sus ojos habían cambiado o si sus labios se curvaban aun en ese mohían habitual suyo, expresión de su pretendida elegancia. Ella andaba cada vez con más soltura, como si se desprendiese de un peso a medida que se alejaba más de su calle. Iba a desaparecer tal vez, pero no importaba, Arturo la conocía y para él no había engaño posible. Y entonces pensó que aquellos que pasaban por su lado tal vez tampoco serían en realidad como él los veía. Por otra parte parecíale indudable que lo que él veía no podía ser visto de otro modo.

Perdido en estos problemas y sin perder nunca de vista a la joven Luisa, cruzaba ahora Arturo de nuevo por la Plaza Mayor, después de pasar por Cuchilleros y dirigir un recuerdo a Luis Candelas, al Madrid de luz de candil y de faroles enemigos del amor y del crimen. Luisa marchaba ahora por la calle Mayor, y la transformación había llegado al límite. Había dejado de pensar en ella por un instante, dejando también de preocuparse con la inesperada transformación de Luisa, y la reconocía ahora de nuevo como «del barrio». Sentía inútiles sus esfuerzos por desprenderse de lo que ella consideraba como una vergüenza; y eran inútiles, quizás justamente por esto mismo. Arturo la conocía bien. Iba por allí. A él no podía engañarle el paso lento que ahora iniciaba, ni tampoco sus curiosas miradas a los escaparates de confecciones de señora.

Ya no cabía duda de adonde se dirigía Luisa. No se equivocó Arturo. Entraba ella en el viejo café de Platerías donde solía reunirse, o al menos esta era su costumbre de antes de la guerra, con sus hermanos y

con algunas otras personas, todos jóvenes. En una de esas reuniones había conocido Arturo a la que luego fué su novia. Su antigua novia, desde que la fatalidad les impuso esta dolorosa separación, no había vuelto por allá, según sus noticias. El tampoco.

¿Estaría ella tal vez ahora allí? Luisa había entrado en el café y Arturo de nuevo se encontraba sin saber qué determinación tomar. Quiso alejarse, pero renunciar siempre es difícil y, pasados unos instantes, cruzó la puerta del café y calladamente, disimulando su inquietud, sentóse en la primera mesa que halló libre. Hasta pasado un rato no se decidió a buscar a Luisa. Allí estaba, al fondo del café, próxima a la puerta opuesta, y dichosamente para él dándole la espalda. Luisa estaba acompañada de un hombre no ya muy joven a quien él no conocía. Pero *ella* no estaba allí y su corazón le decía que no había de venir tampoco. Era al menos prudente pensar esto y cortar ya con la humillante busca. Le dolía no verla, pero sin duda era así mejor — pensaba. Durante el tiempo que estuvo en Córdoba no la había recordado apenas. Había ganado mucho en el camino del olvido necesario. Y ahora estaba a punto de echarlo todo a perder con esta persecución. El no rehuía el enredarse nuevamente en el amor, ser prisionero de sus sentimientos, pero ahora era inútil. En el amor no se puede insistir ni rogar. No era ya su orgullo, no eran las absurdas complicaciones familiares ni los estúpidos intereses, ni los rencores los que la separaban de ella, no. Era la realidad. Era él mismo el que se sentía separado, no sintiéndose dueño de sí. Aunque él la amase, aunque volviese a encontrarla, aunque ella llorase arrepentida, él no podría volver. La guerra estaba por encima, la guerra estaba dentro y rodeándole. España llamaba a los españoles, la sangre llamaba al sacrificio, al exterminio, a la redención. Ningún hombre podía ahora aislarse de sus hermanos por un amor, por un solo amor limitado y egoísta. Cierto que ese amor personal es lo que más importa a cada uno. Pero no en vano tenemos un espíritu, que es algo más que una palabra. Arturo tenía espíritu y sentíase dispuesto a todo sacrificio, a toda renuncia. Aunque esto quizás fuese —pensaba luego maliciosamente— porque ella no estaba ahora allí, y porque difícilmente la vería verter las lágrimas que esperaba.

El hombre que estaba con Luisa llamaba ya al camarero para abonarle el gasto de la consumación y Arturo entonces, cogiendo un periódico que había sobre una mesa cercana, se puso a leerlo con todo interés. Temía que pasase la pareja al lado suyo y que ella le reconociese, pero no fué así. Se habían levantado y ella le volvía ya la espalda caminando hacia la puerta que Arturo tenía frente a sí, al fondo del café. Arturo contemplaba a Luisa que andaba lentamente, como arrastrando su cuerpo, orgullosa de su pelo negro y lustroso, de su piel morena y de sus fuertes hombros. De ella parecía desprenderse una inexplicable fuerza, un poderío vital que desmentían tan sólo los adornos inútiles de su traje, adornos que Arturo ahora adivinaba más que veía.

Arturo se sintió muy solo, sabiendo huída su esperanza. Sentía su alma vacía, pero limpia al mismo tiempo, libre de un peso. Sentíase sin trabas para caminar ante un amplio horizonte abierto ante sí.

Poco a poco sintió que recobraba su albedrío. Ahora observaba a las personas que charlaban animadamente o comían en silencio su merienda, o se aburrían en compañía, con gravedad, sin protesta, como si pensasen vagamente que el contemplar los dibujos de las paredes o dejar perdida la mirada en el espacio era la única actitud posible.

Muchas veces, anteriormente, había contemplado Arturo esos raros tipos de misterioso vivir, esas parejas absurdas de enamorados que poblaban el café en otro tiempo. Ya la mayoría de los habituales clientes de Platerías habían desaparecido y en su lugar podían verse a milicianos convalecientes de sus heridas y a otros personajes nacidos después de la guerra. Ya no estaba allí la inmensa señora de cara de loro, sonriente y azorada, ni su amante el pesado sargento angelical. También habían desaparecido otras muchas parejas que podían antes verse cada tarde. Pero los ojos de Arturo descubrieron pronto a una melancólica muchacha a la cual conocía de verla allí otras veces, en otros días lejanos, sentada en el mismo lugar en compañía de su madre. Ahora la madre había sido substituída por un caballero y este cambio se le antojaba a Arturo consecuencia directa de la guerra. El caballero en cuestión, que acompañaba a la ojerosa señorita, era si cabe, más extraño que ésta con su aspecto pobretón, oscuro y candoroso. Formaban una pareja singular. Ella pálida, de piel transparente y grandes ojos sombreados, del-

gada en exceso, llevaba un traje de luto, muy anticuado, que hacían más mísero aún los pobres lujos que trataban de hacer brillante su presencia. Era parlanchina y gesticulaba exageradamente; moviendo el tronco entero, quería expresar lo dramático de la situación que narraba, pero comprendíase en seguida que era sobre todo su propia impresionabilidad, más que el dramatismo del hecho, lo que motivaba sus gestos y daba a su rostro, finalmente, esa expresión de pasmo indefinible. Parecía una artista del antiguo *cine* italiano, expresiva y lánguida, apasionada, moribunda. Al verla pensaba siempre Arturo en una romántica costurera, enamorada al modo de la Bertini. La cursilería de esta muchacha diríamos que era especialmente antigua, impresionante, angustiosa, por los términos *modernos* que en su agitado monólogo introducía frecuentemente, queriendo probar sin duda, aunque sin conseguirlo en absoluto, su distinción y su juventud y sobre todo que se hallaba incorporada a la marcha de esa alegre y fuerte juventud sportiva que avanza al ritmo de los tiempos que corremos. Mas Arturo, por el contrario, la veía tan sólo triste, arrastrando una sórdida vida enajenada, en trance siempre de muerte, y existiendo, estando ahora presente, únicamente por un prodigioso milagro.

No sabemos si el caballero que la acompañaba, pequeñito y humilde, con aspecto de burócrata modesto, pero que por haber conservado la soltería dispone siempre de un duro, el cuarentón enamorado que la escuchaba embobado y sonriente, con la misma atención que un padre oye de su hijito la recitación de un poema aprendido por éste en el colegio, fijándose más en la estatura del niño y en su gesto cohibido que en las hermosas parrafadas, no sabemos, decíamos, si él creía o no todo cuanto ella le contaba. Había pasado tal vez su juventud sin un amor, y ahora esta mujer ya envejecida, soñadora, cansada de una inútil espera, habíase conformado con el cariño, con el bienestar que él podía ofrecerle. Pues si bien es cierto —pensaba la doncella— que él es tímido y no muy rico y no muy joven, en cambio es bueno y respetuoso y podría sin duda mantenerla. Y esto mismo pensaba la mamá ¡Y quién sabe todos los complejos proyectos que ella, oscuramente, tejía en torno a este cariño humilde y honrado. Ella volcaba ahora sobre su opaco adorador toda la contenida pasión. toda su recóndita ansia de vivir; despertando al

mismo tiempo en el decrépito funcionario una ilusión que sólo vagamente había presentido, sentado en su butaca, durante veinte años de emborronar papeles y llenar estadillos o en las noches de juego de billar en las que al salir de casa sentíase un calavera y al volver notaba sólo amargor en la boca y en el alma. Su falta de arrogancia, de posición y de maldad era la causa de que pocas veces las mujeres le hubiesen mirado como a un hombre. Y ahora él, que siempre presumió de sano juicio, estaba allí sonriendo ante las apasionadas historias, ante las cosas *modernas* que sobre él vertía su impetuosa novia y «se le caía la baba» como decía el camarero, cuarentón también, conocido de Arturo, que padecía de agujetas y despreciaba desde el fondo de su alma las ilusiones del pobre señor; ilusiones que tenían su origen, como él afirmaba, en la debilidad de los hombres y sobre todo en que media humanidad esta «*jareta* perdida».

Mientras escuchaba, el caballero dejaba ver, impensadamente, el borde relativamente blanco de sus calzoncillos, pues por descuido o por creerlo así más lógico, acostumbraba a abrocharse esta prenda por encima de los faldones de la camisa, lo cual provocaba miradas pudorosas de su cinematográfica novia que nunca se atrevió sin embargo a hacerle observar su olvido o ignorancia.

El camarero conocido por Arturo, que padecía de agujetas, cuando el café quedábase casi desierto y servía la cena anunciada en el menú a los pocos clientes que se quedaban allí a esa hora o algún otro señor, alegre pareja imprevista o reñido matrimonio de la vecindad que lo deseaba, al sentarse, una vez servido un plato, daba un largo suspiro y hablaba en tono comprensivo. Entonces decía sin rencor, y los demás asentían, que esa chica lo que trataba era de engatusar al *tontaina* y coger sus ochenta leandros fijos, pero ignoraba al decir esto que era ella misma también la engatusada, y que a falta del rapto, era cierto que se ilusionaba al mirarle, suponiéndole ya su esposo y al soñar que la vida le abría al fin sus puertas de oro, creía, tristemente, en su fingido amor.

Arturo al salir del café de Platerías anduvo aun deambulando un rato, perdido por las calles céntricas, observando el ir y venir de las gentes. Por fin, en un arrebato imprevisto, se decidió a ir en busca de sus tías

Carmen y Carmiña a las que sin duda encontraría en «La Perla», pues sabía él bien que si iban allí era para largo rato. El tiempo lo pasaban ellas sin gran impaciencia partiendo la tarde en dos, pues primero no tomaban nada, y luego pedían la merienda a una hora fija, que algún día adelantaba tía Carmen, demostrando así su poco amor a los rigores inútiles. Este adelanto levantaba protestas leves, teñidas de liberalidad, por parte de Carmiña que en el fondo esperaba el café aun con más ansia que tía Carmen. Pasado este momento se había hecho ya la hora de la animación y oyendo música y en compañía de algunas buenas personas («unos pobres pelagatos», decía tía Carmen confidencialmente, ansiosa de justificarse ante su sobrino del carácter de sus amistades, recientemente adquiridas) pasaban el resto de la tarde agradablemente y oyendo música. Carmiña elogiaba la calidad excelente de los músicos del cafetucho, queriendo decir que sólo este hecho las llevaba allí, pues como buenas amantes del arte eran capaces de ir a buscarlo donde este se encontrase, pero ocultaba siempre las amargas disputas, sordas y disimuladas que tenían con los camareros muy frecuentemente, ya que si bien algunos extremaban la cortesía con las «señoras», como ellas decían siempre que era llamadas, en cambio otros que por mala suerte venían luego a servirlas al lugar fijo que habían escogido para sentarse cada tarde, cansados de servir dos cafés con leche y media tostada y de tener ocupada la mesa durante cinco horas, se dedicaban a una casi invisible labor de sabotaje que al principio ellas trataban de ignorar, pero al fin, al hacerse la hostilidad patente, daba lugar a grandes disputas entre ambas señoras sobre las causas que habían motivado ese cambio en la conducta del camarero, que el primer día las sirvió tan cortésmente. Y tía Carmen llegaba en ocasiones a pronunciar altas y duras palabras que caían como losas en la cabeza del servidor, pasando luego a la guerra muda y de resistencia, batalla en la que al fin eran vencidas viéndose obligadas a cambiar de café como consecuencia, pues tía Carmen, una vez enamorada de un sitio, que había escogido tras innúmeros tanteos, no lo abandonaba sino forzada por la miseria y grosería propia de los criados de este tiempo, por su falta de dinero para pagar los dos cafés diarios o por cualquier otra causa ajena a su voluntad, demostrando mucho mayor apego al café al cual se hallaban habituadas, y en el que

tenían su tertulia, que a las cuatro paredes de su casa que como ya hemos dicho dejaban de ser las mismas con gran frecuencia.

Arturo mientras iba en el tranvía en busca suya las imaginaba enlutadas a ambas, pero a Carmiña con alguna discreta nota de color en su vestido, extraída de algún traje antiguo. Tía Carmen seguiría con su incansable abanico, suspirando, con la mirada vaga pensando en sus hijos, mientras tarareaba la música y observaba a todo el que entraba y salía. Esperando siempre lenta, descorazonadamente, haciendo cortesías, aburriéndose mucho.

No le fué difícil a Arturo encontrar «La Perla», pues sus tías le habían dado repetidamente las señas, con gran precisión de datos y agregando todo género de detalles inútiles para que él pudiese encontrarla fácilmente, si algún día se decidía a venir a acompañarlas allí un rato, aprovechando una hora libre, lo cual ellas siempre agradecían con toda el alma. «La Perla» tenía, en efecto, el aire de un café de barrio, modestito, como ellas habían dicho, y sin duda era frecuentado por «gentes de medio pelo». Mas a pesar de eso había una buena orquesta que tocaba bonitas piezas, «charlestones» y alguna vez «algo clásico».

Apenas descubierto el café divisó también a sus tías, pues ellas, claro es, ocupaban una de las pocas mesas que había al lado de las ventanas y justamente en el anhelado rincón. Para conseguir este lugar iban allí cada tarde un par de horas antes de lo discreto. Si, al llegar, alguien ocupaba ya esta mesa, sentábanse las señoras lo más cerca posible de ella, aguantando toda incomodidad y en un estado en que, por considerarlo transitorio, no podía emprenderse ninguna divagación, esperando siempre dar el salto que les proporcionaría el asiento deseado. Una vez conseguido este, pese a la sorda irritación del camarero, que ellas advertían bien, suspiraban llenas de placer. Pero si por desgracia este momento no llegaba o se retrasaba demasiado, tía Carmen consideraba perdida en absoluto la tarde, inútil el paseo, e inútiles la música, la compañía y las dos pesetas gastadas.

Estaban allí ahora una frente a otra, ambas al lado del cristal, gozando de este modo de la doble animación de la calle y del interior del café, dispuestas a pasarse así horas, pero en el fondo desilusionadas como cada día, con esa callada tristeza propia del que llega a un país remoto

y una vez allí, contemplando un monumento o una calle tortuosa no encuentra motivo alguno en el que poder prender con firmeza su antiguo y ya casi desaparecido entusiasmo.

Vistas desde fuera, parecían dos peces de remota vida, y Arturo observando el aspecto de las dos señoras allá sentadas que se le aparecían con un carácter análogo al que ofrecerían a cualquier otra mirada distraída, se extrañaba de conocerlas más íntimamente y de haberlas visto llorar y sonreír. Al verlas allí tras la vitrina sentía por ellas idéntica indiferencia que la que podía sentir cualquier otro transeúnte, mas por otro lado, mas dentro, sabía bien que ya de cerca se borraría esta frialdad de su mirada y que había de fundirse su cordialidad con la de ellas en un juego de miradas, preguntas y suposiciones. Este plano de indiferencia en el cual su cerebro las situaba por un instante, era al mismo tiempo la causa de que Arturo, mientras avanzaba hacia el café y era ya visto por sus tías y saludado con grandes gestos, que por educación Carmiña trataba de reprimir, sintiese su corazón desbordarse de amor hacia estos seres queridos. Y pensó luego que el cariño que profesamos a aquellos con los cuales hemos ya roto la barrera de hielo que nos separa del mundo, no es sino un arrepentimiento, una compensación de la soledad obstinada, forzosa, a que los hombres nos reducen con su egoísmo.

La alegría de Carmen y Carmiña, que la primera mezclaba con las lágrimas, arrastraban a Arturo hacia una demostraciones de ternura que no había imaginado y de las que nunca se hubiera creído capaz. Sentíase contento de ser querido, de ser ansiosamente recibido por alguien. Arturo tomó asiento frente a tía Carmen, que gustaba de observar con detenimiento las caras de aquellos con los cuales hablaba, y al principio las preguntas generosas por parte de ellas se precipitaron. Tía Carmen, con su cara arrugada, pero aun sana, llena de salud, con su sombrerito económico, le contemplaba situando bien sus lentes y mostrando al sonreír, discretamente, su dentadura postiza. Carmiña apenas hablaba, pues aunque se creía a veces cruel y rencorosa, profesaba un gran cariño a su madre y sabía ocultarse, humildemente, cediendo toda la intensidad de los momentos emocionantes, todo el tiempo, a la ávida tía Carmen. Sonreía benévolamente no queriendo estorbar, mas en ella, en los gestos de

su boca y en la sonrisa forzada, que ocultaba sin embargo amor y alegría, quedaban fijas o ahuyentadas las «manías» que a su pesar ya la invadían (por ejemplo, os decía que debíais peinaros mejor, cuando aun las lágrimas llenaban el instante cumbre de la despedida). Mostraba Carmiña sus dientes de oro, sus joyas desempeñadas y el cuellecito con cinta de color que acaba de confeccionarse; se mostraba ella misma con timidez, con recato, como un ser que espera más triunfos en los sueños que en la vida real. Madre e hija, achatadas, encorvadas, andando con paso lento, vestidas de oscuro, iban arrastrando por las calles su presencia borrosa y un corazón lleno de nostalgias.

«¡Cuéntanos, cuéntanos, hijo, algo de tus cosas!», exclamaba tía Carmen con una curiosidad que parecía real. Pero en seguida saltaba: ¿Has recibido mi carta? ¡Ah, y muchas gracias por tu regalito; tú siempre tan bueno...!» Y al decir esto, para disimular su pudor, creía forzoso tía Carmen enjugar una lágrima inexistente o arrugar el ceño como si estuviese en peligro inminente de llanto. Y su propia emoción así despertada no la permitía ya ver lo inoportuno de sus lamentos. Una vez comenzados éstos seguía el conocido rosario. Para animar la monotonía de sus quejas decía luego, casi gritando: «¡Es que estamos tan solas, Arturo, tan solitas...!» Arturo entonces perdía en absoluto las ganas de contar algo de lo que había visto por tierras andaluzas y se encerraba en un cruel silencio. Al menos esto hacía otras veces. Pero ahora esforzábase en ser más generoso y a la vez sentía renovada su curiosidad hacía el carácter y hacia la existencia de sus viejas tías a las cuales juzgaba como a raras figuras de un museo de las almas.

La conversación de Arturo con tía Carmen, a la que acompañaba siempre su hija, podía representarse por una curva irregular pero que tendría sin embargo siempre idéntico trazado. Siempre el mismo desinterés previo, la misma infantil alegría, y luego siempre las mismas quejas, los mismos argumentos, las mismas apagadas esperanzas e idénticas lágrimas forzosas: «Nunca he estado así». «Dios lo sabe bien». «Resignación cristiana». «Pero, ¡quién sabe!, Dios aprieta pero no ahoga; tal vez Miguel...» Y cuando tía Carmen, ya muy tarde, se daba cuenta de su inútil insistencia, daba un viraje diciendo: «¡Pero hablemos

algo de ti!», y ponía el gesto del ser atormentado que, para tratar de acallar sus pensamientos, entra en una sala de espectáculos.

Carmiña solía decir, filosófica y más comprensiva: «¡Nosotras siempre con lo mismo!» Arturo que sabía ya algo de lo banal, de lo inestable de la generosidad humana, callaba como si meditase aún, cuando ellas le invitaban a distraerlas contándoles algo, y pronto tía Carmen reanudaba su tema exclamando: «¡Ah, tú no conoces la última carta! Aquí la tengo». A veces era Carmiña la que decía, como saliendo de un sueño y con ese gesto propio de las personas educadas, que con toda delicadeza cortan una situación difícil: «¡Pero mamá, dejemos ya eso!» Y daba a sus palabras un tono suavísimo para evitar la posible irritación de tía Carmen. Mas si esta cedía, callando en efecto, o haciendo, más comúnmente, un gesto que significaba el estar de acuerdo con su hija en que era vano proseguir dando vueltas a la cuestión; si se hacía un instante de silencio que pudiera haber supuesto el fin del penoso monólogo de tía Carmen, era entonces la misma Carmiña, traidora a sus aparentes intenciones, la que cogiendo la madeja por una punta nueva, de un modo algo teatral y quizás con una sonrisa irónica, renovaba el vigor del ya exhausto tema.

Pero es preciso decir que este género constante de las conversaciones sostenidas entre Arturo y sus tías tenía lugar tan sólo cuando él se encontraba a solas con ellas, pues si estaban acompañadas por personas extrañas o «de cumplido», tía Carmen y Carmiña dejaban entonces sus cuestiones personales ya que hacían un culto a la cortesía, necesaria frente al mundo, y este sentimiento tan arraigado en ellas daba a sus charlas y a sus sonrisas un aire especialísimo que divertía en extremo a Arturo. Entendían la «educación» exclusivamente como reverencia, como farsa. Por nada del mundo, ellas tan obsedidas con sus personales problemas materiales, hubieran renunciado, aun en la máxima pobreza, a ejercer dignamente los deberes que impone la *sociedad*. Tía Carmen conservaba como reliquias las maneras de su trato con las gentes en otro tiempo y hacía aun las mismas ligeras inclinaciones de cabeza al señor distinguidísimo, al diplomático que había estado en China, y que aun las trataba, que al cuñado de la portera, de grandes bigotes y gestos bruscos que, adulado, hacía algunos pequeños favores a las señoras. Los

gestos corteses de tía Carmen, extremados con los humildes, se hacían en cambio más flúidos y más humanos, por ir teñidos de un tinte de verdadero orgullo, cuando visitaba, rara vez, a alguna amiga de «aquellos tiempos» en mejor posición que ellas, a alguna vieja señora, lejana parienta suya, llena de pergaminos, que también era guardadora de unos gestos, de un humor y unas palabras propias de la extensa familia Saavedra-Togores. Tía Carmen la trataba de tú, hablándole con desenvoltura aunque la otra tuviese coche y fuese a pasar temporadas al extranjero acompañada de sus hijos. Pero tía Carmen se encontraba ya más a gusto, encerrada en su aparente modestia, tratando a los «pobres diablos» a los que gustaba de invitar, cuando aun tenía su casa, a tomar un té con pastas y a escuchar música selecta.

Carmiña habia anunciado que no tardaría en llegar al café el exalabardero con su ordinaria señora, queriendo así hacer menos brusca la sorpresa y menos grande el malestar que esperaba se produciría en Arturo al verse obligado a convesar con esta nueva pareja, amiga de tía Carmen, que ahora las hacía compañía alguna tarde. Y por el desprecio con que los nombraba, y por la triste sonrisa con que evocaba la figura de la señora del alabardero, comprendíase que quería decir que ellas podían caer muy hondo, pero que siempre sabrían distinguir unas gentes de otras.—«Son muy buenos» — agregó luego, por un remordimiento de conciencia, sin duda tratando de dulcificar los conceptos que había sugerido sobre sus cariñosos amigos.

En efecto, el alabardero, acompañado de su señora, no tardó en llegar. Era grandote y de finas maneras exageradas. Pronto supo Arturo por Carmiña que él tocaba «maravillosamente» el violín, y hacía ella esta afirmación con reticencia, para indicar a Arturo que no debía tampoco suponer demasiado bajos a los que acababan de llegar. La señora era gruesa y con aspecto de tener pocas luces. Carmiña no dijo nada sobre ella. La mujer del alabardero, que sonreía tímida dejando percibir el olor a un perfume barato que hacía aéreo su amplio busto, parecía orgullosa del respeto despertado por su esposo entre las viejas damas, y para no perturbar esa relación que veía establecerse entre seres superiores, respetuosa con las humanas categorías, guardaba un prudente silencio.

Arturo, que había saludado a los recién llegados con gran cortesía, pues sabía que esta distinción bien patente de su sobrino, al no echar por tierra los elogios que ellas habían anticipado, les producía un vivo contento, hablaba ahora de los sucesos políticos con el alabardero. Pero fué en cambio la misma tía Carmen la que disimulaba mal su contrariedad de no poder hablar a solas con Arturo. Al verles entrar no reprimió un gesto de desagrado, bien visible, que se trocó luego en forzada sonrisa e inclinación de cabeza cuando el alabardero llegaba ya a su mesa. Y ahora permanecía muda y como abstraída sin repetir por el momento sus cortesías, sus adulaciones convencionales de otras veces, que parecían sacadas de un tratado de urbanidad. Mas no tardó en recobrarse y la conversación fué haciéndose fácil y trivial.

Tía Carmen de nuevo usaba ya su voz de visitas, su falsa dulzura que la hacía a sus propios ojos tan señorial, y también a los ojos de mujeres tales como la del alabardero, costurera de profesión, que perdonaba lo raído de los trajes de las señoras, en honor a su grandeza, a su desgracia de damas venidas a menos por mano inexorable del destino.

La cortesía de tía Carmen era como un revés de su intimidad, como una apariencia teatral y necesaria; sus sonrisas eran la cara para el mundo. Las señoras parecían, en su trato con las gentes, vueltas hacia la vida externa, inclinadas siempre en reverencia, teniendo a sus espaldas el trasero. Diríamos que ante el mundo ignoraban su dorso, pero en verdad no era así. En la intimidad hacían burlas frecuentes sobre esta ocultación, lo cual venía a descubrir la falsedad de su olvido.

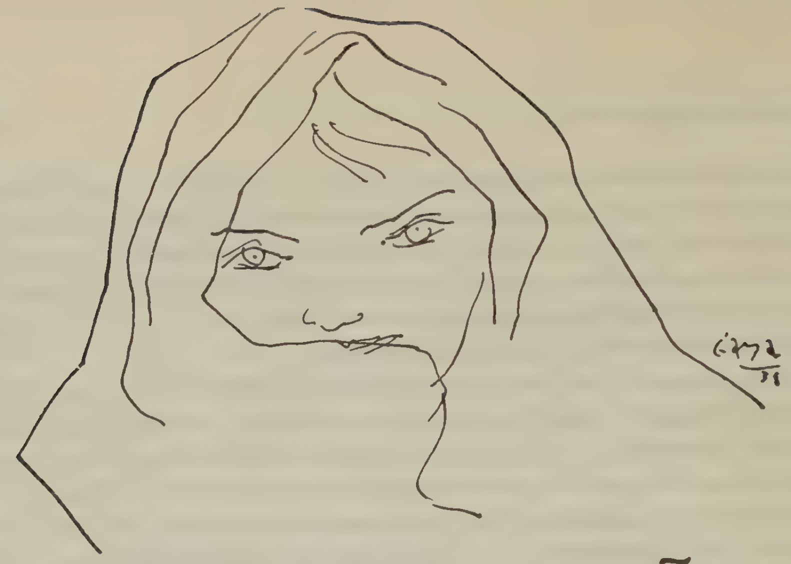
Lo curioso era ver, como sucedía con frecuencia, el cambio súbito, que realizaba tía Carmen en público, de la cumplida finura a la indignación, a la grosería casi, que si no se dirigía a los mismos que antes sonreía, sino siempre a su hija, no por eso dejaba de anular sus esfuerzos anteriores para aparecer distinguida. Era la caída desde la brillante superficie, desde la mentira, a la interioridad insobornable.

Hablaba durante largo rato con esa voz suavísima, de reserva, que era a lo que tía Carmen reducía la complicada ciencia de «saber tratar a las personas», y luego inesperadamente se desataba en violencia por cualquier pequeñez provocada por su hija; por una ligera interrupción que ésta hacía cortando el discurso de su madre, por ejemplo. Este in-

sospechado cambio, este aspecto furioso y descompuesto de la señora, extrañaba a todos los presentes ya que consideraban su ira por completo injustificada; mas sólo ella y Carmiña podían en verdad alcanzar los difíciles y recónditos matices, las mal intencionadas alusiones, fruto de un espíritu diabólico, que encerraban las breves e inoportunas palabras de Carmiña, tentada al mal inopinadamente.

Tía Carmen, como decimos, respondía ásperamente, con voz fuerte y fija mirada; y como Carmiña, no dándose por vencida repetía, aunque en voz queda y temerosa, las mismas palabras que habían provocado el conflicto, tía Carmen entonces dejando hundirse su prestigio, olvidada de sus anteriores finezas, dejando arrumbado el palacio de elegancias construído con el alabardero, amante como ella de los recuerdos y de la música, gritaba ya descompuesta: «¡ Cállate so perra! ¡ Loca! ¡ Mala hija!» Palabras que producían la natural consternación entre los que la escuchaban, viéndose incluso obligada a intervenir la mujer del alabardero que en estos conflictos del amor y del resentimiento era más ducha que en apreciar las calidades de la música. Pero Carmiña encendida, con odio, con los ojos brillantes llenos de furia, decía en tono bajo y confidencial casi, con fingida calma para que sus palabras surgiesen más efecto: «Es una mala madre, ¿sabe usted?» Y al decir «¿sabe usted?» hacía un gesto indefinible con los labios. Y continuaba, mientras tía Carmen hacía como si llena de desprecio se desinteresase ya de la cuestión: «Ha derrochado el dinero de todos. Es mala, mala. Pero Dios la castiga. Se le han muerto algunos hijos, ¿sabe usted? y se le morirán todos, sí, todos, porque Dios tiene que castigarla». «No diga usted eso, por Dios», rogaba la buena mujer, esposa del alabardero, pero Carmiña continuaba en este sentido sin hacer caso de advertencias hasta que su madre estallaba de pronto, nuevamente gritando ya en un tono que descubría el secreto de la disputa para todo el mundo: «¡ Cállate, gitana! Que pareces una gitana!»

(Continuará)



HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

APARTADO DE CORREOS 597. — BARCELONA

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 24 PTAS
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAÍSES, 36 PESETAS

Para la correspondencia literaria dirigirse a Emilio Prados y para la Administrativa a Antonio Miguel

INDICE DE AUTORES

Aub, Max. Nacido en París, 1903. Hijo de padre alemán y madre francesa, vivió en España desde 1914. Muere en México, 1972.

Vol. 1: 386–389 Actualidad de Cervantes.

Vol. 4: 173–189 El cojo. 373–392 Pedro López García (Auto).

Aveline, Claude. Nacido en París, 1901. Hijo de padres rusos, su verdadero nombre es Augene Avtsín.

Vol. 2: 237–240 Discurso.

Barga, Corpus. Seudónimo de Andrés García de la Barga. Madrid, 1888.

Vol. 2: 159–162 La dimisión de las democracias. 197–202 El II Congreso Internacional de Escritores. Su significación. 231–233 Discurso.

Beltrán Logroño, Rafael. Publicó poemas, la mayoría romances, en periódicos del frente y en el *Romancero de la Guerra Civil.*

Vol. 4: 361–362 Yo también soy soldado (Carta a un amigo).

Benavente, Jacinto. Nacido en Madrid, 1866. Muere ibid, 1954.

Vol. 3: 209 A la manera clásica. Soneto.

Benda, Julien. Nace en París, 1867. Murió en 1956.

Vol. 2: 213–216 Discurso.

Bergamín, José. Nace en Madrid, 1897.

Vol. 1: 23–31 Carta abierta a Madame Malaterre-Sellier, respondiendo al libro de Francisco Gay: "En las llamas y en la sangre". 333–345 Pintar como querer (Goya, todo y nada en España).

Vol. 2: 222–228 Discurso.

Vol. 3: 17–30 Larra, peregrino de su patria. (1837–1937) El antifaz, el espejo y el tiro. 357–363 Cristal del Tiempo: Al servicio de Alemania (Paul Claudel y Cía). Palabras en el aire.

Vol. 5: 13–15 A Cristo crucificado ante el mar. (Poemas). 33–35 Cuestión previa y situación crítica. 127–131 Cristal del Tiempo: Lady Bell de Filadelfia. Jardín en flor, y en sombra y en silencio . . .

Bleiberg, Germán. Nace en Madrid, 1915.

Vol. 3: 451–462 Páginas de un diario: Sobre la guerra en el Norte.

Cabada, Juan de la. Novelista mexicano. Participó en el II Congreso Internacional de Escritores.

Vol. 2: 369–384 Taurino López (Fragmento de novela).

Ehrenburg, Ilya. Nace en Kiev, 1891.
Vol. 2: 228–230 Discurso.

Farias, Xavier. Miembro de la Alianza de Intelectuales.
Vol. 4: 197–198 El Cinema que nosotros debemos hacer.

Felipe, León. Nació en Tábara (Zamora), 1884, y ha muerto en México, 1968.
Vol. 1: 363–372 La Insignia: Alocución poemática (Fragmento).
Vol. 2: 11–22 Universalidad y exaltación.
Vol. 3: 311–319 El mundo de los pintores (En una exposición de Souto).

Fernández, E.
Vol. 4: 364–369 Zapadores

Fernández Montesinos, José. Nacido en Granada, 1898.
Vol. 1: 251–261 Muerte y vida de Unamuno.

G. Fernández, Mariano. Publica romances en el *Romancero General de la Guerra de España.*
Vol. 1: 217–219 Notas sobre un poema de Karl Liebknecht.

Gaos, Angel. Ensayista y orador político.
Vol. 1: 121–126 El discurso del Presidente.
Vol. 2: 59–63 La tercera crisis política del Gobierno de la República española desde el 18 de Julio de 1936 (La guerra y la revolución). 273–287 (Ponencia Colectiva).
Vol. 3: 61–65 El vigésimo aniversario de la Revolución Rusa.

García Lorca, Federico. Nace en Fuentevaqueros (Granada), 1898, y muere asesinado en Viznar (Granada), 1936.
Vol. 3: 67–74 "Así que pasen cinco años" (Escena inédita: romance del maniquí).

Garfias, Pedro. Nacido en Salamanca, 1901.
Vol. 3: 321–323 Héroes: "Guerrilleros", "Teniente Ruperto Ceballos", "A Federico García Lorca".
Vol. 5: 281–284 Poesias de la Guerra: "Otra vez en el frente de Córdoba", "Mutilado de guerra", "Oda a España".

González Tuñon, Raúl. Nació en Buenos Aires, 1905.

Vol. 2: 53–58 Documentos: Teoría de la guerra. El fascismo se alimenta de sangre (Consigna de una noche de Madrid). De la muerte en Madrid. Sobre los obuses.

González del Valle, Juan.

Vol. 2: 71–73 Arturo Souto. Pinturas y dibujos de la revolución.

Vol. 3: 425–434 Realismo e irrealismo de la edad de oro española (Ensayo en dos caras).

Vol. 4: 279–282 Historia de la Literatura Española de Angel Valbuena Prat. I
371–372 Historia de la Literatura Española de Angel Valbuena Prat. II

Grau, Jacinto. Nació en Barcelona, 1877. Murió en Buenos Aires en 1958.

Vol. 1: 381–386 Diario íntimo de estos dias . . .

Grieg, Nordahl. Nació en Bergen (Noruega), 1902. Durante la II Guerra Mundial sirvió como piloto. Murió en un bombardeo sobre Berlín.

Vol. 2: 244–247 Discurso.

Guest, David. Nacido en 1911. Muere en combate, 1938.

Vol. 4: 363–364 En las orillas del Ebro.

Guillén, Nicolás. Nació en Camagüey (Cuba), 1902.

Vol. 3: 35–43 Cuba, Negros, Poesía.

Hernández, Miguel. Nacido en Orihuela (Alicante), 1910. Murió en la prisión de Alicante en 1942.

Vol. 2: 273–287 (Ponencia Colectiva). 331–337 "Visión de Sevilla". "Juramento de la alegría". "El sudor".

Herrera Petere, José. Nació en Guadalajara, 1910.

Vol. 2: 273–287 (Ponencia Colectiva).

Vol. 5: 41–54 Fué un tiempo de mentira.

Huidobro, Vicente. Nació en Santiago de Chile, 1893. Murió ibid., 1948.

Vol. 2: 143–144 La Pasionaria.

Iduarte, Andrés. Novelista, ensayista y diplomático mexicano.

Vol. 3: 177–190 El mundo primero. Capítulo de la novela Tabasco (un niño en la revolución mexicana).

Vol. 5: 17–24 César Vallejo.

Iglesia, Ramón. Nacido en Santiago de Compostela, 1905. Falleció en Madison, Wis., 1948.

Vol. 4: 153–163 Testimonios. Diario para Aurora.

Jarnés, Benjamín. Nació en Codo (Zaragoza), 1888. Estuvo exiliado, muere en Madrid, 1950.

Vol. 4: 71–78 Ruinas en España. 275–278 Nuevos romances.

Jiménez, Juan Ramón. Nació en Moguer (Huelva), 1881. Fallece en San Juan de Puerto Rico, 1958.

Vol. 2: 347–348 Palabras.

Jordana, César Augusto. Poeta catalán.

Vol. 2: 185–191 Oda a la Pàtria.

Kahn, Máximo José. Nace en Francfort del Meno, 1897.

Vol. 1: 175–189 La cultura de los judios sefarditas. 290–293 Judíos españoles promotores del Renacimiento: "De Gabirol a Abravenel", Dr. Saül Mézan.

Vol. 2: 397–409 Salónica, sefardita.

Vol. 4: 125–141 Salónica sefardita: El Lenguaje.

Kelyin, Feedor.

Vol. 2: 247–250 Discurso.

Last, Jef. Nació en la Haya, 1898.

Vol. 2: 240–244 Discurso.

Larra, Mariano José de. Nació en Madrid, 1809. Se suicidó en ibd., 1837. HORA DE ESPAÑA celebró el centenario de su muerte con la publicación de un texto suyo y varios artículos que resaltan la personalidad crítica de Larra.

Vol. 1: 173–174 La Planta Nueva o el faccioso. Historia Natural.

López-Rey y Arrojo, José. Nació en Madrid, 1905.

Vol. 1: 51–53 Dependencia y quehacer internacional.

Machado, Antonio. Nació en Sevilla, 1875. Muere en Collioure (Francia) el 21 de Febrero de 1939, a los pocos dias de haber comenzado su destierro.

Vol. 1: 7–12 Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su Maestro Abel Martín. 85–90 Sigue hablando Mairena a sus alumnos. 165–172 Sigue hablando Mairena a sus alumnos. 245–250 Carta a David Vigodsky. 325–332 Apuntes y recuerdos de Juan de Mairena.

Méndez, Concha. Poetisa y editora con Manuel Altolaguirre de numerosas publicaciones.

Vol. 3: 44–45 1: esta tarde 2: España.

Vol. 4: 85–99 Prólogo de "El Solitario", drama poético en tres actos. 323 Dos poemas.

Miró, Clemencia: "«Hora de España» publica estos poemas de la hija de Gabriel Mirós, a cuyo séptimo aniversario de su muerte, está dedicado el primero de ellos".

Vol. 3: 324–325 Dos poemas.

Moreno Villa, José. Nació en Málaga, 1887. Muere en México, 1955.

Vol. 1: 35–39 Poemas de la guerra: "Madrid, frente de lucha", "Revelación", "Descanso de un miliciano", "Frente".

Vol. 3: 435–436 Converso con vosotros.

Nelken, Margarita. Fallecida en México, 1968.

Vol. 2: 447–449 (Comentario político). De estos últimos dias.

Neruda, Pablo. Cuyo verdadero nombre es Neftalí Ricardo Reyes Basualto, nació en Parral (Chile), 1904.

Vol. 1: 225–238 Federico García Lorca.

Nexo, Andersen. O mejor: Andersen Nexo, Martin. Nació en Copenhague, 1869. Murió en Dresde, 1954.

Vol. 2: 211–213 Discurso.

Novas Calvo, Lino. Nació en Granas del Sor (Galicia), 1905.

Vol. 5: 285–292 El tanque de Iturri.

Ontañon, Eduardo de. Ensayista español.

Vol. 5: 299–300 Historia de familia. Nota a media novela.

Ossorio y Gallardo, Angel. Nació en Madrid, 1873. Murió en Buenos Aires, 1946.

Vol: 1: 377–380 Defensa de los conservadores.

Vol. 4: 190–194 Fascismo y Antifascismo.

Ots, José María. Nació en Valencia, 1893.

Vol. 1: 212–213 La no intervención.

Paz, Octavio. Nació en Mixcoac (México), 1914.

Vol. 2: 327–330 Elegía a un joven muerto en el frente.

Pérez Infante, Luis. Publica en el *Romancero de la Guerra Civil.*

Vol. 4: 168–171 Cuatro poemas de Madrid: "Estos escombros", "La voz de los muertos", "La voz de los vivos", "A Gerda Taro, muerte en el frente de Brunete".

Pérez Rubio, Timoteo. Fue Presidente de la Comisión de Protección del Tesoro Artístico (Valencia), durante la guerra.

Vol. 1: 293–295 Ante la opinión de nuestros contrarios.

Pla y Beltrán, Pascual. Nacido en Ibi (Alicante), 1908.

Vol. 3: 171–172 Silvestre Revueltas o la soledad.

Vol. 4: 79–81 Sabed que hay más.

Porras, Antonio. Nacido en Pozoblanco (Córdoba), 1882.

Vol. 1: 202–204 Calles de Madrid. 281–283 Tierras del Sur.

Vol. 2: 342–346 Noche de bombardeo.

Vol. 4: 57–65 Nuestra razón de hoy. 313–322 Introducción a un apocalipsis de Cervantes. Entendimiento: Maestro de Victorias.

Prados, Emilio. Nació en Málaga, 1899. Murió en México, 1962.

Vol. 1: 145–159 Cuatro romances de la guerra civil. 273–274 Elegía.

Vol. 2: 145–150 Estancia en la muerte con Federico García Lorca. 273–287 (Ponencia Colectiva). 465–478 Tres cantos en el destierro.

Vol. 3: 253–256 Tránsito (Poema dialogado): "Voz de la duda", "La voz certera".

Vol. 4: 53–56 Carta perdida (A un amigo de la Brigada Internacional). 233–236 Dos poemas íntimos.

Vol. 5: 25–29 Destino fiel (poemas). 253–257 Poemas íntimos: "Cotidiana agonía", "Amanecer".

Prieto, Miguel. Pintor.

Vol. 2: 273–287 (Ponencia Colectiva).

Quart, Pere. Seudónimo de Joan Oliver. Nacido en Sabadell, 1899.

Vol. 2: 179–184 Oda a Barcelona.

Quiroga Pla, José María. Nació en Madrid, 1902. Murió en Ginebra, 1955.

Vol. 3: 109–113 Poemas: "El hombre adentro, mundo adelante", "Una mujer está cantando".

Vol. 4: 121–123 Memorial de cada dia: "Esperanza en pie", "Abril a contraluz".

Vol. 5: 121–125 Seis sonetos: "A mi hermano Pedro", "En qué Balcón . . .?", "Voz de la tentación", "De profundis", "Sigue la voz de la tentación", "Apunte para una metamorfosis". 293–298 Ante un abismo de confusiones . . . 301–303 Un libro mejicano sobre España.

Renau, José. Director General de Bellas Artes. Creador de la revista *Nueva Cultura.*

Vol. 1: 137–140 Contestación a Ramón Gaya. 284–286 Los mitos se resquebrajan (Guadalajara).

Richardson, Stanley. Poeta inglés. Publicó "Air-raid over Barcelona (Poetry)". Londres, 1938.

Vol. 3: 276–277 "La cacería de Calpe". "España en Navidad".

Rios, Fernando de los. Nació en Granada, 1879. Falleció en Nueva York, 1949.

Vol. 2: 217–221 Discurso.

Rodríguez Aldave, Alfonso.

Vol. 5: 59–64 Descanso de la guerra. (Comentario a dos ensayo). 191–194 Un político realista español.

Salas Viu, Vicente. Nació en Madrid, 1911.

Vol. 2: 51–53 En el norte, Bilbao. (Testimonios).

Vol. 3: 81–96 Un paso en la Revolución.

Vol. 4: 243–251 Tres historias ejemplares (Narraciones).

Vol. 5: 57–58 Un sentido de la prosa. Carta abierta a Herrera Petere sobre su libro "Acero de Madrid". 58–59 Mauricio Serrahima. "Joan Maragall". 165–177 La vida socavada.

Salazar, Adolfo. Nació en Madrid, 1890. Murió en México, 1958.

Vol. 3: 467–482 Notas sobre la Revolución Francesa.

Sánchez Barbudo, Antonio. Nació en Madrid, 1910.

Vol. 1: 45–51 Presagios de entonces. El surrealismo de Max Ernst. Dos poetas. Los sucesos de Yeste. 130–134 Momento: El "98" y "el año de la victoria". Una conferencia de León Felipe. "Dios a la vista". 208–211 Un pueblo andaluz. 297–300 "Madrid". Cuadernos de la Casa de la Cultura. Valencia. Febrero, 1937. 391–392 La muerte de García Lorca comentada por sus asesinos. 401–415 Días de Julio.

Vol. 2: 67–69 Apuntes (Sobre el genio español). 166–171 La adhesión de los intelectuales a la causa popular. 273–287 (Ponencia Colectiva). 339–341 (Testimonios). 450–456 "De un momento a otro". Por Rafael Alberti Ediciones "Europa–América". Madrid, 1937. 459–460 El grupo "Arte y Propaganda" en el teatro de la Zarzuela de Madrid.

Vol. 3: 51–54 En las trincheras. 231–251 La casa de los Ramírez. 365–370 Sobre la "advertencia a Europa" de Thomas Mann.

Vol. 5: 65–105 Sueños de grandeza (Novela). 195–219 Sueños de grandeza (Novela). 305–323 Sueños de grandeza (Novela).

Sánchez Vázquez, Adolfo. Director de la revista *Octubre* de Málaga, con la caida de la ciudad pasó a dirigir el periódico *Ahora*, órgano del J.S.U., editado en Madrid.

Vol. 1: 205–208 Málaga, ciudad sacrificada.

Sanjuán, Pedro. Nació en San Sebastián, 1886.

Vol. 2: 365–367 Asociación Española de Relaciones Culturales con la U.R.S.S.

Santullano, Luis. Nació en Oviedo, 1879.

Vol. 4: 237–242 Antipedagogía.

Savitch, Ovadii. Escritor ruso. Es autor de "Dra goda y Ispanii, 1937–1939". (Dos años en España, 1937–1939). Moscú, 1961.

Vol. 3: 257–275 Casa de Campo. (Traducción de Grabiela Abad).

Seghers, Anna. Nombre verdadero: Netty Radvanyi. Nació en Maguncia (Alemania), 1900.

Vol. 2: 221–222 Discurso.

Serrano Plaja, Arturo. Nació en El Escorial, 1909.

Vol. 1: 275–280 Canto a la Libertad. 373–376 Frente del Centro. 393–394 Ante el 1 de Mayo.

Vol. 2: 37–44 "Los impresores". "Los albañiles". "Pueblo traicionado". 74–77 Ediciones "Nueva Cultura". 123–138 A diestra y siniestra (Los intelectuales y la guerra". 273–287 (Ponencia Colectiva).

Vol. 3: 74–77 Ediciones "Nueva Cultura". 114–118 Federación de los trabajadores de la tierra. 437–442 Federación de los trabajadores: "Invocación del mar", "Los marineros", "Los pescadores".

Vol. 4: 199–208 Virginia. El amor en la guerra (Poema). 268–271 "Son nombres ignorados" de Juan Gil-Albert.

Vol. 5: 161–163 Ramón Diestro (Huellas de la Guerra).

Souto, Arturo. Nació en Pontevedra (Galicia), 1902. Pintor.

Vol. 2: 273–287 (Ponencia Colectiva).

Spender, Stephen. Nació en Londres, 1909.

Vol. 2: 254–256 Discurso.

Vol. 3: 47–50 Poemas. Traducción de Denis Campkin y Manuel Altolaguirre.

Tzara, Tristan. Nació este poeta frances en Moinesti (Rumania), 1896.

Vol. 2: 251–254 Discurso. 419–424 Por el camino de las estrellas de mar. A Federico García Lorca.

Unamuno, Miguel de. Nació en Bilbao, 1864. Murió en Salamanca el 31 de Diciembre de 1936.

Vol. 3: 409–423 Algunas poesías inéditas. Nota de José María Quiroga y Pla.

Vol. 4: 305–312 Algunas poesías de . . . Del cancionero inédito.

Valldeperes, Manuel. Nació en Barcelona, 1902.

Vol. 4: 335–342 Síntesis histórica del movimiento teatral en Cataluña.

Varela, Lorenzo. Nació en La Habana, 1917.

Vol. 2: 69–71 Contra viento y marea. De la disconformidad a la comodidad, y otras cosas. 151–154 "Palabras en el fuego". "A un joven héroe". "Hoy". 163–165 Bilbao. 273–287 (Ponencia Colectiva).

Vázquez, Fernándo. Redactor del periódico *El Socialista* de Madrid. Pasó a la *Vanguardia* de Barcelona.

Vol. 3: 278–280 Notas sobre el Frente Popular y la guerra (Comentario Politíco).

Zarate, Eduardo Pinto.
Vol. ...-...13 (Francisco Galindo).

Villaurrutia, Xavier. Nació en México, 1903. Murió en ídem 1950.
...: 235-237 Dos poemas en "Nostalgia de la muerte".

Wordsworth, William. Nació en Cockermouth (Cumberland), 1770, y murió en 1850.
Vol. 4: 11-12 Dos Sonetos: "El valle de Guernica", "Cuando se ha alzado el almamro". (Traducción de Stanley Richardson y Luis Cernuda).

Xirau, Joaquín. Nació en Figueras (Gerona), 1895, y murió en México, 1946.
Vol. 5: 141-151 La conquista de la objetividad.

Young, Robert. Autor de "A young man looks at Europe" (Nueva York, 1938).
Vol. ...: 46-... María. Traducido del inglés por José María Quiroga Plá.

Zambrano, María. Nació en Vélez-Málaga (Málaga), 1907.
Vol. 1: 263-267 El español y su tradición.
Vol. 2: 153-158 Españoles fuera de España. 301-316 La Reforma del Entendimiento español. 456-459 Dos conferencias en la Casa de la Cultura y ...
Vol. 3: 164-170 "La Guerra" de Antonio Machado.
Vol. 4: 111-120 Un Camino Español: Séneca o la Resignación. 270-275 Un testimonio para "Esprit".
Vol. 5: 55-56 "Madrid", Cuadernos de la Casa de la Cultura. 157-160 Misericordia.

Zardoya, Concha. Nació en Valparaíso (Chile), 1914.
Vol. 4: 343-346 "Violencia del dardo": "Amistad ...", "Soledad del pan".